

865E.4

0e1903



Digitized by the Internet Archive
in 2016

EM



EN EL SENO DE LA MUERTE

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EN EL SENO DE LA MUERTE

LEYENDA TRÁGICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

JOSE ECHEGARAY

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 12 de
Abril de 1879

UNDÉCIMA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1903



365Ect
Oe 1903

AL EMINENTE ACTOR

Don Rafael Calvo



A usted que, con su gran talento y con su altísima inspiración, ha dado vida á este drama, el sublime horror trágico á que yo aspiraba á su pensamiento, y á mi un triunfo que nunca olvidaré, dedico esta obra en prueba de gratitud, de amistad y de admiración.

José Echegaray.

Span. 9M456. P. 109. a. 1903. Calvo. 5.586

REPARTO



PERSONAJES

ACTORES

DON JAIME, Conde de Argelez..	SR. CALVO (D. Rafael).
BEATRIZ, Condesa.	SRA. DARDALLA.
MANFREDO, bastardo de Argelez.	SR. CALVO (D. Ricardo).
JUANA.....	SRA. CALDERÓN.
ROGER, escudero.....	SR. PEÑA.
BERENGUEL, alcaide.....	GUERRA.
DON PEDRO III DE ARAGÓN..	JIMÉNEZ.
LAURIA....	CORRAL.
MARQUET..	CALVO (D. Fernando).
BARROSO..	LOPEZ CHICO.
ZURITA....	C. REVILLA.
CABRERA..	CALVO (D. José)
UN PAJE, que habla.....	MIRALLES.

Pajes, escuderos, capitanes, almogávares, etc.

Año 1285 en Aragón

El primer acto en un castillo de los Pirineos. El segundo y tercero en el castillo de Argelez, también en los Pirineos



ACTO PRIMERO

La escena representa el salón principal de un castillo roquero, próximo á una pequeña villa, ambos situados en las gargantas de los Pirineos. Ventana á la derecha: á la izquierda dos puertas: puerta en el fondo. Estilo severo. A la izquierda mesa y sillón blasonado. Es la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

ROGER DE PERALADA, en primer término. Por el fondo, un momento después, BERENGUEL DE LAS PANIZAS

BER. Dios guarde al buen Peralada.

ROGER Dios traiga para algo bueno
al alcaide de la torre,
que en este maldito cerco,
más nos importa guardar
contra el francés, por don Pedro.

BER. Mientras tenga Berenguel
las llaves del *torreón viejo*,
quien entre al grito de «¡Francia!»
en él, dejará los huesos;
que aquella vetusta mole
y aqueste almogávar fiero,
no reconocen más rey
de Valencia al Pirineo,
que el monarca de Aragón,
el noble *Fedro tercero*. (Saludando.)

ROGER Me agrada en tí ese lenguaje.

BER. ¿En qué ocasión, ni en qué tiempo,
no afirmé con mis palabras
lo que proclaman mis hechos?
¿Dudas de mí?

ROGER ¡Yo dudar!...

BER. ¿No? Pues por tí lo celebro.

ROGER Es, Berenguel, que muy tristes
son los años que corremos,
más fecundos en infamias
que ricos en escarmientos.
Que la *lealtad* anda viuda,
porque no hay un caballero
que la despose, y en cambio,
la traición los halla á cientos.
No hay amigo del amigo,
ni los deudos son ya deudos,
ni hay hermano para hermano
si anda la ambición por medio.

BER. Dígalo el que el Rosellón
ha vendido al reyezuelo,
que entre un *legado del Papa*
y el *rey de Francia* soberbio,
mandó Roma vengativa
á recoger de este suelo
la noble y férrea corona
de don Jaime y de don Pedro.
El *le* abrió nuestras fronteras:
¡mal rayo le hubiera abierto!
mas á cerrarlas venimos
con peñascos y con pechos,
y el Pirineo es muy duro,
y el aragonés muy terco.

ROGER ¡Ojalá que todo salga
á medida del deseo!
Pero asómate á las torres
de este castillo roquero,
y verás la odiosa hueste
en que nos vemos envueltos,
apretando sus anillos
contra nuestros muros viejos.
¡Ah, Berenguel, que no bastan
duras piedras, nobles pechos,
para atajar el torrente

que asoma por esos cerros!
El mismo Carlos de Francia,
de sus fuerzas con el grueso,
se nos vino por sorpresa
encima.

BER. Ya le tendremos
debajo, que para todo
se encuentra manera y tiempo.
Como el Conde de Argelez,
(Con misterio.)
de aqueste castillo dueño,
quiera resistir...

ROGER ¡Don Jaime!...
Si hay un hombre en todo el reino
capaz de arrancar al diablo
corona, cabeza y cetro,
ese hombre es el Conde. Y pon
en lo que dices más tiento.

BER. Ni dudo de su coraje,
ni hay varón de más esfuerzo,
ni en las torres de Argelez
nació mejor caballero.
Pero el hombre, al fin es hombre,
y si lo que hay aquí dentro
(Golpeándose el pecho.)
está en poder de una hermosa,
ya no es suyo.

ROGÉR ¿Y temes?...
BER. Temo

que la Condesa le apoque,
y que en llegando el momento
del estrago, por salvarla,
abra el muro al extranjero.
Ya lo dije.

ROGER Y si lo dicho
no recoges, te prevengo
que á estocadas volverá
(Poniendo mano al puño de la espada.)
á tu garganta de perro.

BER. Es poco hombre Peralada
para Berenguel el viejo.
No bastan manos de niño
para tan curtidos cueros,

- y son dardos mis palabras
que se meten carne adentro.
- ROGER En eso sí que verdad
dijiste.
- BER. Pues ya lo creo.
En eso y en todo, y siempre,
sé lo que digo, mancebo.
En este castillo sobran
mujeres: y me refiero
á la Condesa; y si acaso
no te basta, darte puedo
otro nombre: cierta Juana,
esposa de un escudero,
sin tacha como soldado,
pero como hombre, sin seso.
- ROGER Y por si no te bastase
morder al Conde, tu dueño,
y ultrajar á la Condesa
con tus malos pensamientos,
¿babeas contra mi Juana
lo que queda de veneno?
Pues probemos si es tan duro
como dices tu pellejo,
que ya no te aguanto más
insolencias, ¡vive el cielo! (Desnuda la espada.)
¿Qué te empeñas?
- BER. ¿No lo ves?
- ROGER Pues probemos. (Lo mismo.)
- BER. Pues probemos.

ESCENA II

ROGER, BERENGUEI, BEATRIZ y JUANA. Las dos últimas por la izquierda, primer término; JUANA hace un movimiento; la Condesa la contiene. Los pajes se retiran después de dejar las luces sobre la mesa

- ROGER ¡La Condesa! (Bajando su acero)
- BER. ¡La Condesa! (Lo mismo.)
- BEAT. ¡Roger!
- ROGER ¡Señoral
- BEAT. ¿Qué es éso?
¿Es que ya no hay enemigos

en los altos Pirineos,
y armas que huelgan afuera
distracción buscan adentro?
¿Es que al ver á los franceses
guardar tan poco respeto
á esos muros señoriales
queréis los dos no ser menos?

BER. (Envainando la espada; lo mismo Roger.)

Perdóneme mi señora;
hice mal y lo confieso.

BEAT. ¿A qué vienes?

BER. Me llamó
el Conde y aquí le espero.

BEAT. Salió á visitar los fuertes,
las atalayas y puestos
avanzados, y no sé
cuándo volverá.

BER. Si es eso,
y licencia concedéis...

(Como para retirarse)
Hago falta hace tiempo
en mi torreón. Cuando cierre
la noche vendré de nuevo.

BEAT. ¡Adiós, Berenguel!

BER. (Saludando para salir.) Señora...

ROGER (¿Cuándo podré verte?)

(En voz baja.)

BER. (Lo mismo.) (Luego.)

(Vase Berenguel por el fondo.)

ESCENA III

BEATRIZ, JUANA y ROGER

BEATRIZ se sienta junto á la mesa: JUANA y ROGER á su lado,
en pie

BEAT. ¿Por qué reñáis?

ROGER Ese hombre
infunde á todos sospechas.
Si en el castillo no hay brechas
todavía, ¡por mi nombre!

que abrirlas al enemigo
puede de noche un traidor,
y que la brecha mejor
para un muro es un postigo.

BEAT.

Berenguel fué siempre leal.

ROGER

Eso pensé yo también

BEAT.

¿Y ahora no lo piensas?

ROGER

¿Quién

se libra de pensar mal?

BEAT.

¡Sin pruebas!

ROGER

Alguna tengo,

y con ella brego y lucho.

BEAT.

Pues habla, que ya te escucho.

ROGER

Pues á la verdad me atengo.

(Pausa. Se acerca con misterio á la Condesa.)

Anoche, para cumplir

orden que el Conde me dió,

ya muy tarde, bajé yo

al subterráneo que abrir,

como encubierto camino,

hizo el Conde Bonifacio

desde este antiguo palacio

hasta el collado vecino.

Sabéis que rodeando pasa

del torreón viejo el cimiento,

que en él busca fundamento,

que su enorme cueva rasa,

y que de ella, bien ó mal,

le separan noche y día

un muro de cantería

y una verja de metal.

Por la angostura avancé

con la linterna tapada;

llegué á la verja cerrada,

me detuve y escuché.

Sombras: silencio medroso:

húmedo y frío el ambiente;

y por encima el torrente

que viene á llenar el foso.

A pasar iba más lejos,

cuando en la cueva de al lado,

y por entre el enrejado,

ví de una luz los reflejos.

Me asaltan extrañas dudas;
me paro y miro al través:
son Berenguel y un francés,
los dos con cara de Judas.
Escucho, pero no hay modo
de entender su charla eterna;
salen por una poterna ..

BEAT.

¿Y el Conde?

ROGER

Lo sabe todo.

Por eso le llama aquí,
y él por eso teme el daño.

BEAT.

Es extraño.

ROGER

Muy extraño.

JUANA

¡Don Jaimel!

(Mirando al fondo.)

ROGER

(Lo mismo.) Don Jaime, sí.

ESCENA IV

BEATRIZ, JUANA, ROGER y DON JAIME

Este aparece en la puerta del fondo con algunos capitanes. Allí se detiene y habla con ellos. Viene con loriga, guanteletes y casco, ó como el actor crea oportuno, dado que acaba de efectuar un reconocimiento

JAIME

(En el fondo, como dando órdenes.)

De asalto al menor asomo,
la campana el aire hiera;
de trecho en trecho una hoguera
para derretir el plomo;
las catapultas armadas,
los honderos prevenidos,
los hierros enrojecidos
y las estopas mojadas.

Esta noche no hay reposo,
que en el campo hay movimiento,
y que vengan al momento
Lauria, Marquet y Barroso.

(Los capitanes se retiran. Don Jaime avanza quitándose el casco y los guanteletes.)

BEAT.

¡Jaimel... ¡mi Jaime!

JAIME

¡Beatriz!

- BEAT. ¿Temes algo?
 JAIME Por mí, nada:
 por tí, todo, prenda amada.
 ¿Hablaste? (A Roger con afán)
- ROGER Hablé con Ortiz.
 JAIME (Llevándole aparte y en voz baja.)
 ¿Y dará paso seguro
 el francés?
- ROGER Buenas son esas:
 cien doblas aragonesas,
 mejor que el mejor conjuro,
 en el diablo hacen desmuche
 y le truecan en cordero.
- JAIME ¿Y él responde?..
 ROGER Por entero.
- JAIME ¿Y ha de ser pronto?
 ROGER Esta noche.
 JAIME ¡Gracias á Dios! Me has quitado
 horrible peso de encima.
 Porque sé que se aproxima
 el trance desesperado;
 que está Carlos prevenido,
 que sus máquinas apresta,
 que ya cruje la ballesta,
 que ya el arco está tendido;
 y antes que luzca sus galas
 la aurora del nuevo día,
 veremos con agonía,
 por cien flotantes escalas
 sujetas con garfios duros,
 cual del jabalí los perros,
 los franceses de esos cerros
 colgándose á nuestros muros.
 Oye, Juana. (En voz alta.)
- JUANA Mi señor.
 JAIME ¿Amas mucho á tu marido?
 JUANA Cumple lo que he prometido
 por mi Dios y por mi honor.
 JAIME Para el rey pliegos le dí,
 y paso pude lograrle.
 ¿Tú quieres acompañarle?
 JUANA (Sin poder dominar su contento.)
 ¿Fuera del Castillo?
 JAIME Sí.

- JUANA ¿Y vos me lo preguntais?
 JAIME Pues bien, preparalo todo.
 Y tú le explicas...
 (Volviéndose á Roger: éste hace una señal de inteligencia.)
- JUANA ¿Y hay modo?
 JAIME De que esta noche salgais.
 JUANA ¡Pero dejaros! Jamás (A Beatriz con cariño.)
 podré yo salir sin vos.
- BEAT. Padre y madre, dijo Dios,
 por tu esposo dejarás.
- ROGER En la colina cercana (Como dando prisa.)
 está esperando el francés.
- JAIME (A Juana, separándola de Beatriz.)
 De eso hablaremos después.
- JUANA Adiós, señora.
 BEAT. Adiós, Juana.
 (Vanse Juana y Roger por izquierda, primer término.)

ESCENA V

BEATRIZ y DON JAIME

- JAIME Pálido está tu semblante
 y tristes están tus ojos.
 ¿Tienes enojos?
- BEAT. ¿Enojos
 con esposo tan amante,
 con mi Jaime, con mi bien?
 Si contigo me enojara,
 ¿para quién, Jaime, guardara
 mi cariño? ¿Para quién?
- JAIME Las angustias del asedio,
 sus martirios, sus rigores,
 pudieran darte temores,
 ó al menos tristeza y tedio.
- BEAT. No: te equivocas: jamás
 tan dichosa me he sentido.
 El mismo Dios ha querido
 reunirnos; y tú verás
 cómo este lazo es tan fuerte
 que resiste, y no te asombres,

- á la maldad de los hombres
 y al estrago de la muerte.
 JAIME ¡Ah, pobre niña, mecida
 en la cuna de mis brazos
 desde que en divinos lazos
 despertaste á nueva vida!
 ¿Qué sabes tú del deshecho
 furor de esta horrible empresa,
 si siempre estuviste presa
 en la cárcel de mi pecho?
 Si el mundo no conociste,
 ni entre sus olas luchaste:
 si á mí tan sólo adoraste
 y á ninguno aborreciste.
 Si yo forjé en mis castillos,
 entre enamorado y terco,
 de mis manos con el cerco
 tus esposas y tus grillos.
 Si jamás llegó el dolor
 en tu blanco seno á herir:
 si á nadie viste morir
 más que á tu Jaime de amor.
 ¡Qué sabes tú del delirio
 que infunde al hombre la guerra,
 si no sentiste en la tierra
 más martirio que el martirio
 que impuso á tu blanca tez
 algún beso enamorado
 en el carmín dorado
 de mi torre de Argelez!
 BEAT. Ese recuerdo tenaz
 de aquellos tiempos ¡me mata!
 JAIME Sí, Beatriz, bien se retrata
 el dolor sobre tu faz.
 Ahora la muerte doquiera;
 muy pronto el asa'to fiero...
 Oye, Beatriz: yo no quiero...
 BEAT. Yo sí: ¿qué importa que muera?
 Con tal que yo muera aquí,
 (Dice esto aproximándose á don Jaime, aferrándose á
 él cual si temiese que los separaran, y mirando con re-
 celo alrededor.)
 á tu lado, como honrada;

con tal que no venga nada
 á separarme de tí;
 con tal que del alma el foco,
 en que eterna esencia hierve,
 puro hasta el fin se conserve,
 ¡lo demás importa poco!
 La muerte es sueño profundo
 que sólo espanta al cobarde:
 la verdad viene más tarde
 con la vida de otro mundo.
 Me basta, Jaime, con verte,
 pero verte sin espanto,
 y siempre amándome tanto
 en el seno de la muerte.

(Se abraza aun más á él y oculta el rostro.)

JAIME

Y yo, Conde de Argelez,
 el más noble de esta tierra,
 el espanto de la guerra
 contra el moro de Jerez,
 por lograr tu salvación
 y sacarte de esta villa,
 diera al *árabe* Castilla
 y al *francés* el Aragón.

BEAT.

Es fantástica quimera
 y es tristísimo desbarro
 en un ídolo de barro
 poner la existencia entera.
 No, Jaime, no: tu deber
 y tu honor conserva ilesos;
 esos tus ídolos, esos
 que siempre son, deben ser.

JAIME

Tu nobleza al contemplar,
 tu hermoso acento al oír,
 más te amara á no sentir
 que más no te puedo amar.
 Por fortuna, la honra mía
 y tu amor no se preparan
 á luchar, que si lucharan
 yo sé bien cuál vencería.
 Muy al contrario, á mi ver,
 en este trance de horror,
 sólo salvando mi amor
 puedo cumplir mi deber.

- BEAT. No te comprendo.
- JAIME Pues oye,
 Beatriz, y no me interrumpas.
 En lamentos no prorrumpas
 cuando mi mano se apoye
 en tu mano de este modo;
 (Se acerca á ella, le coge una mano, la mira fijamente y
 la atrae á sí.)
 y en tus ojos busque tu alma;
 y te pida fuerza y calma
 para decírtelo todo.
 (Pequeña pausa.)
 Que mi castillo es muy viejo,
 que el sitiador entrará,
 que quien no ceje caerá,
 y que yo, Beatriz, no cejo.
 Sin recursos no es de ley,
 ni yo puedo resistir;
 pero yo puedo morir
 por Aragón y su rey.
- BEAT. Ya lo sé. Ya lo he pensado:
 que esa gente es fiera y terca:
 por eso quiero estar cerca,
 para morir á tu lado.
- JAIME Mira que lo he de evitar.
- BEAT. Pues mira cómo ha de ser.
- JAIME Estando al amanecer
 mi esposa en el castañar,
 que por la parte de Oriente
 termina ese bosque umbrío;
 pasando después el río,
 y escoltada por mi gente,
 que es de confianza y de prez,
 en todo el camino viejo,
 del sol al postrer reflejo
 llegando al fin á Argelez.
- BEAT. ¿Yo? ¡Sola!
- JAIME No: por mi hermano
 Manfredo allí protegida,
 aguardas de esta embestida
 el desenlace cercano.
 Responde, Beatriz, ¿irás?
- BEAT. No. ¿Separarme de tí,

y mientras mueres aquí
 yo con Manfredo? Jamás.
 JAIME Pues todo está preparado
 y con Roger y con Juana
 has de partir.
 BEAT. Lucha vana.
 No hay poder en lo creado,
 mal á mal ó bien á bien,
 que me obligue á abandonarte.
 JAIME Es que yo quiero salvarte.
 BEAT. (Para sí.)
 (Salvarme quiero también.)
 JAIME ¡Beatriz!
 BEAT. ¡Jaime!
 JAIME ¡Por mi amor!

ESCENA VI

BEATRIZ y DON JAIME; UN PAJE, por el fondo

JAIME ¿Quién va?
 PAJE Si me dais licencia...
 JAIME ¿Qué buscas?
 PAJE Con gran urgencia
 hablaros quiere, señor,
 un capitán, que por ley
 de su arrojo y su fatiga,
 burló la línea enemiga,
 y es mensajero del rey.
 JAIME Que pase. (Vase el Paje.)

ESCENA VII

BEATRIZ y DON JAIME; MANFREDO, por el fondo

JAIME ¡Beatriz!
 BEAT. No cedo.
 MANF. (Aparte.)
 (Ella y él juntos están.)
 JAIME Acérquese el capitán.

- MANF. (Avanzando.)
¡Jaime!
- JAIME (Reconociéndolo.) ¡Manfredo!
- BEAT. (Con horror.) ¡Manfredo!
(Don Jaime va á su hermano con afán y le abraza con cariño.)
- JAIME ¿Por qué vienes?
- MANF. Porque el rey
pliegos me dió para tí:
(Saca unos pliegos y se los entrega)
y porque supe que aquí
se luchaba, y es de ley,
mientras se conserve entera,
que no esté ociosa la espada
contra esa infame cruzada
que cruzó nuestra frontera.
- JAIME Pero dí, ¿cómo pudiste
pasar el campo francés?
- MANF. Mi lema sabes cuál es:
querer y basta.
- JAIME ¿Y quisiste?
- MANF. Y quise y pasé. Y es cosa
averiguada que ya
nadie me separará
de mi hermano y de su esposa.
- JAIME Pues ya tardas, y es deslíz,
en darle brazos de hermano.
(Señalando á su esposa.)
A mí primero, esto es llano,
pero después á Beatriz.
- MANF. (Acercándose á Beatriz.)
Los estragos de la guerra
empañar no consiguieron,
cuando al espacio subieron
en vapores de la tierra
en una y otra jornada
del asedio de la villa,
ni el carmín de esa mejilla
ni el furor de esa mirada.
Pálido pensé encontrar
ese divino semblante,
¡pero no hay sombra bastante
para tanto luminar!

- BEAT. Velaba Jaime por mí,
y por mí velaba Dios.
- MANF. Pues ahora seremos dos
y Dios á velar por tí.
- JAIME Tarde es ya: la ruina llega,
y el muro ya no protege,
y es forzoso que se aleje
de este castillo, y se niega.
- MANF. ¡Salir del castillo!
(Con sorpresa y enojo mal contenidos.)
- JAIME Escudo
que se rompe se abandona.
Torre que se desmorona
no aprovecha.
- MANF. (A Beatriz con afán) ¿Y tú?
- BEAT. Yo dudo.
(Con intención y mirándole fijamente.)
- JAIME ¿Qué dices, que el corazón
se me ensanza al escucharlo?
- BEAT. Digo, después de pensarlo,
que quizás tengas razón.
Aquí tu cuidado absorbo,
amortiguo tu pujanza,
soy estorbo á tu venganza
y á tu gloria soy estorbo.
Todo el tiempo que á mis pies
con caricias te aseguro,
haces falta sobre el muro
cerrando el paso al francés.
Tienes que pensar en dos
en tanto que yo esté aquí;
pues no pienses más que en tí
y en tu patria, Jaime... ¡Adiós!
- JAIME ¡Beatriz, alma de mi vida!...
(Atrayéndola á sí: ella huye la mirada de su esposo)
¡Que tu faz á mí se incline!...
- MANF. (Aparte.)
(¡Entonces para qué vine!)
- BEAT. ¿Y la fuga?
- JAIME Prevenida.
Roger... Juana...
(Acercándose á la primera puerta de la izquierda y llamando.)

ESCENA IX

BEATRIZ, MANFREDO, JUANA y ROGER

BEAT. (Habla afectando cierta alegría y procurando dominar su emoción.)

Al fin vamos á escapar
de este infierno. Aquí se quedan
los hombres para la lucha.
Manfredo, no te lo ruega
mi labio porque es inútil.
¡Por mi Jaime! ¡Por él velar!
¡Es mi vida!

MANF. Si es tu vida,
por él daré mi existencia,
que vida que á tí te importa
bien vale la que me pesa.

BEAT. (Séparando la vista de Manfredo.)
Aun cuando no me importase,
es tu hermano.

MANF. Mala cuenta,
que á veces en esta lucha
de las pasiones revueltas,
se vierte la sangre propia
mejor que la sangre ajena.

BEAT. Pues yo sé bien que por él...

MANF. Por él y *por tí*.

(Bajando la voz y acercándose, Juana y Roger hablan en el fondo.)

Tan negra
es mi suerte, ¿qué te ofende
de mi cariño esta prueba?

BEAT. (Mirando con recelo á Juana y á Roger.)

Más bajo, por Dios, más bajo.

MANF. ¿Pues qué sentido le presta
á tal palabra *cariño*
tu razón y tu conciencia,
que tanto temes que se oiga?

(Acercándose con apasionamiento.)

Mi cariño, ¿á qué te suena
que quieres que sólo á tí
llegue y en tí sólo muera?

BEAT. (Turbada.)
 ¿Yo temer? ¿Y por qué causa?
 Ha sido no sé qué idea...
 De tanto fragor de muerte,
 de tanto grito de guerra,
 cuajados están los aires,
 manchadas están las piedras,
 y los más dulces acentos,
 y las palabras más tiernas,
 contra esos ásperos muros,
 y en esta atmósfera densa,
 toman algo de siniestro
 y en algo infame se truecan.
 Manfredo, verdad dijiste:
 ¡yo la torpe! ¡yo la necia!
 Manfredo, tu brazo es fuerte:
 ¡vela por tu hermano, vela!
 ¡que es mi esposo, que es tu sangre!
 ¡yo lo pido!... ¡Dios lo ordena!
 (Oculta el rostro entre las manos y llora.)
 JUANA (Acercándose y procurando consolarla)
 No lloréis.

BEAT. ¡Ay, Juana mía!
 tú estás libre de esta prueba;
 tu Roger contigo parte,
 aquí mi Jaime se queda.

MANF. (En voz baja y separándola de Juana.)
 Si tanto te ama, ¿por qué
 no te sigue? Yo muriera
 por él dentro de estos muros
 sin proferir ni una queja,
 si esto te agradase. Y mira,
 la misma sangre corriera,
 ya muriendo el de Argelez,
 ya Manfredo el de Provenza.
 Y aunque su mano es muy fuerte,
 no es más fuerte que mi diestra.
 Y el que rodase hasta el foso,
 ó ensangrentase la almena,
 bajo el golpe formidable
 de mi doble hacha de guerra,
 entre el uno y otro hermano
 no es fácil que distinguiera;

- que no hiere más profundo
que yo, ni con más presteza.
- BEAT. Si fuera capaz mi Jaime
de aceptar tan vil oferta
y de manchar por mi amor
el nombre ilustre que lleva,
entonces, Manfredo... entonces ..
- MANF. (Con energía)
Es que amaría de veras:
que así saben los *bastardos*
(Golpeándose el pecho.)
amar; aunque nunca llegan
ni á señores de Argelez,
ni á dueños de tal belleza.
(Señalándola con pasión.)
- BEAT. (Turbada y temerosa.)
¿Por qué me miras así?
- MANF. Perdón: mi señor me espera.
(Vase por la misma puerta que don Jaime.)

ESCENA X

BEATRIZ, ROGER y JUANA

Beatriz separada de los otros que forman un grupo

- ROGER (A Juana.) Siniestro el bastardo va
y ella espantada se queda.
Algo dijo él por lo bajo
que en voz alta no dijera.
- JUANA ¿*Siniestro* dices? Quizá:
como todo hombre de guerra
que acorralado se ve
y apareja la defensa.
¿*Espantada* mi señora?
Juzga cómo yo estuviera
si al abandonar la torre
mi Roger quedase en ella.
- ROGER No es eso. Si es que el bastardo
más que por la descendencia,
es bastardo por el alma
que dentro del cuerpo lleva.

JUANA Mal le quieres.

ROGER Lo confieso.

JUANA Roger, ese odio me inquieta,
que temo que alguna vez,
por no refrenar tu lengua,
de Manfredo los enojos
al fin contra tí se vuelvan.
Eres humilde escudero
y él es noble.

ROGER Sólo á medias;

y es preferible tener
toda la sangre plebeya,
pero honrada, á dividirla
en dos mitades opuestas;
una limpia, otra manchada,
y ambas por las mismas venas;
que basta muy poco cieno
para enturbiar una alberca.

JUANA Habla más bajo, que puede
escucharnos la Condesa. (Siguen hablando.)

BEAT. *Pensamiento*, que me abrasas,
corazón, que te revelas,
voluntad, que desfalleces,
alma, que no estás entera,
¿qué fuisteis que ya no sois?
¿qué sois, que me da vergüenza
tan sólo el imaginar
que tan sólo allá en la idea,
y sólo por un momento,
y del sueño entre las nieblas,
y por mi parte sin culpa,
hayáis sido por sorpresa
lo que si yo sospechase
que pudiérais ser de veras,
á todos cuatro os llevara
á la muerte con mi afrenta,
arrojándome en el foso
por el hueco de una almena?
¡A todos cuatro conmigo
y con mi cuerpo que os lleva!
A tí, por ser tan impuro;
(Oprimiéndose la frente habla con su pensamiento)
á tí, por tu ruín ralea;

(Oprimiéndose el pecho se refiere al corazón.)

á tí, voluntad, por débil;
alma, á tí, porque eres media,
 y si la otra está en el cieno,
 en el cieno estés entera.
 Juana, partamos al punto;
 Roger, tu brazo me presta,
 que aquí se me acaba el aire,
 que aquí se me hunde la tierra,
 que ya me falta hasta el cielo
 bajo esta bóveda negra.
 ¿Pero el Conde?...

ROGER

BEAT.

JUANA

ROGER

Ven, Roger...

Un instante. .

El Conde llega.

ESCENA XI

BEATRIZ, JUANA, ROGER, DON JAIME y MANFREDO; los dos últimos por la izquierda, segundo término: don JAIME trae un pergamino, que entrega á ROGER

JAIME

Para don Pedro. Y apura
 tanto, que así que lleguéis
 al castillo, y que dejéis
 á la Condesa segura,
 á llevarlo has de salir.

(Señalando el pergamino.)

Y tú, que veles por ella. (A Juana.)

Y tú, mi Beatriz, mi estrella,

(Separándola de los demás y hablándola á ella sola.)

cielo de mi porvenir,
 si es posible adivinar
 en un rostro el pensamiento,
 adivina lo que siento,
 porque no lo sé expresar.
 Sólo sé que há rato lucho
 con una lágrima osada
 bajo el párpado encerrada,
 y si no lo oprimo mucho
 para que bien la sujete,

no es difícil que consiga
 ó rodar por la loriga
 ó manchar el coselete.
 Y ya ves que en un guerrero
 tal flaqueza indigna fuera:
 mi mismo hermano dijera
 que este arnés de fino acero
 no forjó con tanto afán,
 ni á costa de fuego tanto,
 para mancharlo de llanto,
 el armero de Milán.
 Conque sal pronto de aquí.

(Rechazándola dulcemente. Manfredo, aparte, los contempla con enojo. Juana y Roger algo en segundo término)

BEAT.

¡Jaime!

JAIME

 Mi Beatriz, mi fe,
 no olvides lo que te amé
 cuando estés lejos de mí.

BEAT.

Si nos separa á los dos
 la muerte, aun queda otra vida.

JAIME

¡Adiós, mi esposa querida!
 ¡Adiós!.. No digas «¡adiós!»

(Conteniéndola y separándose de ella.)

Dame los brazos, Manfredo,

(Acercándose á su hermano, abrazándole y en voz baja.
 Beatriz los mira con extrañeza.)

Es quizá la última vez.

Cuando llegues á Argelez,
 descende, pues yo no puedo,

á la cripta sepulcral
 en que mi padre reposa:
 besa su fúnebre losa

y di á su sombra inmortal
 que he muerto en este torreón,
 en que él vió la luz primera,
 abrazado á la bandera
 de don Pedro de Aragón.

MANF.

¿Pero la puerta de bronce
 de la cripta?...

JAIME

 Franca está.

BEAT.

(Aparte, con terror.)

(¡Qué están diciendo! ¿Será?)

- MANF. ¡Adiós, Jaime!
- JAIME ¡Adiós!
- (Suena la campana de una torre.)
- ROGER Las once.
- (Manfredo se acerca á Beatriz, Don Jaime se separa hacia la derecha.)
- BEAT. ¿Y vas á venir? (A Manfredo.)
- MANF. El mismo
- me lo ha rogado allá dentro.
- BEAT. (Aparte) (¡De modo que siempre encuentro en mi camino el abismo!)
- (Pausa. Manfredo procura llevarse á Beatriz, ésta se resiste: lucha consigo algunos instantes, al fin se precipita hacia su esposo y le abraza.)
- ¡Jaime!... ¡No quiero partir!
- JAIME ¡Beatriz!
- BEAT. ¡Contigo!
- JAIME ¿Qué haceis,
- Manfredo, Roger? ¿No veis que no puedo resistir?
- (Manfredo y Roger se acercan.)
- BEAT. Si tus ojos provocho,
- recházame de tu pecho;
- pero en ellos no hay derecho.
- JAIME ¡Si yo no puedo tampoco!
- Puede el hombre en su pasión el corazón traspasarse,
- pero no puede arrancarse (Contemplándola amorosamente.)
- á sí mismo el corazón.
- ¿Por qué no venís, por qué?
- BEAT. ¡Nadie romperá estos lazos!
- JAIME ¡Arracadla de mis brazos,
- que no la defenderé!
- (Manfredo la separa llevándola hacia la izquierda, donde espera Juana y Roger.)
- BEAT. ¡No quiero!
- (En voz baja.) (¡Me das horror!)
- MANF. ¡Horror! ¡ni siquiera penal
- ¡Yo cumplo lo que él me ordena!
- BEAT. ¡Es tu hermano!
- MANF. ¡Y mi señor!
- BEAT. ¡Suelta!

(Juana se aproxima, y entre ella y Manfredo se la llevan hasta la izquierda, primer término. En la puerta aguarda ya Roger. Don Jaime en el extremo derecho.)

¡Jaime!

MANF.

¡Has de venir

conmigo!

BEAT.

¡Que no ha de ser!

¡Jaime! (Tendiéndole los brazos.)

JAIME

¡No la quiero ver!

(Después de un movimiento como para ir á buscarla, vuelve la cabeza.)

BEAT.

¡Jaime!

(En este momento, y al dar el último grito Beatriz, salen ella, Juana, Manfredo y Roger, por la izquierda, primer término.)

JAIME

¡No la quiero oír!

(Tapándose los oídos. Cae desplomado en un sillón, á la derecha.)

ESCENA XII

DON JAIME; BERENGUEL después por el fondo

BER.

(Acercándose á don Jaime, que permanece anonadado, con la cabeza entre las manos, y sin notar la presencia del almogávar.)

¿Eso es dormir ó llorar?

Si duerme, muy mal la torre

vigila, y peligro corre
de ir al foso á despertar.

Y si llora, ¡por mi tierra
y mi santo! que el remedio
no es muy propio de un asedio,
ni gran máquina de guerra.

A su edad, ¡qué ha de servir,

(Mirándole desdeñosamente.)

aunque se llame Argelez!

Para enamorar tal vez;

pero no para reñir.

Para esta marcial función
es preciso ¡haber vivido! .

- JAIME De traidor.
 BER. Ya tiene algún fundamento lo que dicen.
- JAIME (Con voz amenazadora.) ¡Berenguel!
 ¿Con el francés?
- BER. Pues con él.
- JAIME ¿Tú?
- BER. ¡Cabal! Yo nunca miento. Con el extranjero trato,
 (Dice todo esto con aire de triunfo y como gozándose en la sorpresa de su dueño.)
 aunque no por mi ganancia.
 Con el mismo rey de Francia hablé claro y largo rato.
 Y en la enorme cueva vieja, cual fantasmas con arneses, un buen golpe de franceses ya sus armas apareja. (Riendo.)
- JAIME ¡Traidor! (Echándole mano con ímpetu.)
 BER. Sí: traidor se llama, al pronto, al que os ha traído á Felipe el atrevido, con su famosa oriflama, al centro del gran torreón, clave de la fortaleza; mas si por traidor empieza, es con su cuenta y razón.
- JAIME (Sin poder casi dominar su impaciencia.)
 ¿Cuál es?
- BER. Así les arguyo.
 (Con malicia y refiriéndose á los franceses.)
 «Una señal. El asalto.
 ¡Arriba entonces! Yo falto, y claro, el torreón es suyo.»
 (Ríe de nuevo por el chasco que les prepara.)
- JAIME Jugando estás con la muerte, y jugada va tu vida: ten la espada prevenida porque voy á echar la suerte.
- BER. Echada está y no me aterra.
- JAIME ¡Pero con traición y dolo!
- BER. Como queráis: yo sé sólo que son artes de la guerra.

BER. El subterráneo viejo.

JAIME (Con voz terrible)

¡La Condesa va por él!

BER. ¡Ella!... Lo siento... y me pesa.

JAIME Tu infame traición lo quiso.

BER. (Rehaciéndose y con fiereza.)

Pues elegir es preciso
entre el rey y la Condesa.

JAIME ¡Y lo dudas, infeliz!

BER. Que empiezo á dudar infiero.

(Con desconfianza.)

JAIME Lo primero es lo primero.

BER. ¡El Aragón!

JAIME ¡Mi Beatriz!

BER. Pues me encontraréis frente á frente.

(Disponiéndose á salir.)

JAIME (Poniéndose delante.)

Siempre así me encontrarás.

BER. Paso, Conde.

JAIME ¿A dónde vas?

BER. A desatar el torrente.

JAIME ¿Para qué? (Con voz terrible.)

BER. Para arrojarlo..

JAIME ¿Sobre quién?

BER. Sobre quien sea.

JAIME Pues quien tanto lo desea

al fin logra desatarlo;

(Desnudando la espada.)

pero el torrente yo soy.

BER. (Lo mismo.)

El traidor debéis decir.

(Quiere pasar y don Jaime le cierra el paso.)

¡Paso!

JAIME ¡Jamás! ¡A reñir!

BER. ¡Y á muerte!

(Riñen con furia y en silencio.)

JAIME Que es la que doy.

(Cae Berenguel muerto. Don Jaime queda en pie contemplándolo.)

ESCENA XIII

DON JAIME; BERENGUEL, en tierra; LAURIA, MARQUET y BARROSO, por el fondo, apresuradamente y con las espadas desnudas.

Se oye el toque de una campana

JAIME Fué por mi Beatriz. Bien hecho
está lo que hice.

LAURIA

MAR.

BAR.

MAR.

BAR.

¡El asalto!

¡El francés!

Suyo es
el torreón y un largo trecho
de la muralla.

LAURIA

¡El ha sido!

(Reparando en el cuerpo de Berenguel.)

MAR.

¡El Judas!

BAR.

¡El renegado!

LAURIA

¡Lo ha pagado!

MAR.

¡Lo ha pagado!

BAR.

¡Merecido!

LAURIA

¡Merecido!

JAIME

Basta ya de rabia loca.
Si él responderos pudiera,
algo en su abono dijera.
Sólo á Dios juzgarle toca.
De esta noche en los furores
todos seremos iguales:
los leales por leales,
los traidores por traidores.
Y para todos su juez
habrá también de seguro:
conque á morir sobre el muro
por Aragón y Argelez.

LAURIA

Ceñid el casco, señor,
que los golpes menudean.

(Presentándole el casco, al ver que se dispone á salir
sin cubrirse la cabeza.)

JAIME

(Rechazándolo)

Para que todos me vean,
voy así mucho mejor.

Y de este modo he de ir,
y así todos me han de ver
sobre el muro combatir:
los de fuera hasta caer,
los de adentro hasta morir.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La escena representa uno de los salones principales del castillo de Argelez, en los Pirineos. Puerta en el fondo con un gran tapiz. A los lados trofeos. A la derecha, en primer término, una ventana ojival con vidrios de colores; en segundo, otra puerta con tapiz también. A la izquierda, en primer término, una gran chimenea de campana interior, y en ella una hoguera. A los lados bancos y tres sillones blasonados; en segundo término otra puerta como la de enfrente. La estancia grande, severa, algo sombría. A la izquierda, en una mesa, una lámpara encendida. La hoguera despi- de grandes llamaradas; cuando se amortigua y domina la luz exte- rior, la luna proyecta sobre el suelo la ventana con sus varios co- lores.

ESCENA PRIMERA

BEATRIZ y MANFREDO, sentados junto á la chimenea y muy cerca uno de otro

MANF. Estás triste como nunca,
y de mi mano tu mano
huyó, sintiendo tal vez
repugnancia á mi contacto.

BEAT. Estoy triste como siempre,
que la tristeza ha tomado
asiento en mi corazón
con tal imperio y tal mando,
que sólo la muerte puede
dar libertad al esclavo.

- MANF. Pues venga para los dos
que tampoco la rechazo.
- BEAT. ¿Tú morir? ¿Por qué, Manfredo?
¿Pues no conseguiste acaso
mi amor? ¿Y mi amor no ha sido
todo lo que has codiciado?
Pues vive y goza: ó confiesa
que del deleite en el vaso
ya sólo queda amargura,
y vergüenza y desencanto.
- MANF. Porque es mentira tu amor.
Porque te tengo en mis brazos
y sólo estrecho una fría
inerte estatua de mármol.
Y tu ser, tu pensamiento,
tu alma, lo que yo más amo,
hielo escupiéndome al rostro
se escapan bajo mis labios,
diciendo en voz desdeñosa:
«No somos para el bastardo.»
- BEAT. No es eso, no me comprendes.
- MANF. Que sólo á Jaime has amado;
esto es lo que yo comprendo.
- BEAT. Yo te amé, Manfredo, tanto,
que con ser Jaime tan noble,
y con ser tú tan villano,
huyó de *él* y fuese á tí
todo mi ser, arrastrado
por la atracción del abismo
que en tu corazón labraron,
ó las garras de Satán,
ó la hiel del desengaño.
Y ya vencido mi honor,
y ya tu empeño logrado,
me dije: pues esta dicha
impura me cuesta tanto,
apurémosla, que debe
ser digna del ángel malo.
Y quise gozar, vivir,
cobrarme de mi pecado...
y no pude, porque siempre
entre mi pecho y tus brazos
¡él! se interpuso.

MANF.

¿Quién?

BEAT.

Jaime.

Sentí el fuego de sus labios,
y su cariñosa voz,
y á veces hasta su mano
recogiendo en mis mejillas
los despojos de mi llanto.

MANF.

Yo también. (Pensativo.) Mas fué ilusión.
Los muertos jamas lograron
ni alzar la fúnebre losa,
ni desnudar los sudarios.

BEAT.

(Con supersticioso terror.)

¿Y si quedan insepultos
de un castillo abandonado
entre las sangrientas ruinas?
¿Y si tan solo lograron
por losa un torreón hundido,
la ortiga y el jaramago
por mortaja, y en el pecho
su sangre por epitafio?
Y entonces, dí, ¿no podrán
una noche, y á los rayos
de la luna, levantarse?...
¿Qué es eso?... ¿No has escuchado?
De la noche en el silencio,
el eco triste y lejano
de una trompeta de guerra
repitió los toques bárbaros.
Alguien se acerca al castillo
y avisa á los castellanos.
¡Si fuera Jaime!

(Con espanto, acercándose á Manfredo y buscando en
él protección.)

MANF.

Imposible.

Nada se oye. (Asomándose á la ventana.)

Fué un engaño

de tu loco pensamiento,
ó de ave salvaje el canto,
ó quizá de hambriento lobo
el aullido prolongado.

BEAT.

¿No será Jaime?

MANF.

Beatriz,

¿aun dudas? Murió mi hermano

la noche aquella, después
de rechazar tres asaltos.
Los fugitivos lo dicen,
la fama lo ha pregonado,
y lo demuestra su ausencia...

BEAT. (Al oído.) Y nosotros lo deseamos.
¿Verdad?

MANF. Basta ya

BEAT. Pues oye:

no sé cómo, ni sé cuándo,
pero yo sé que vendrá
Alguna vez con espanto
le veremos al volver
hacia atrás el rostro cárdeno.
¡Manfredo! ¡Manfredo!... ¡Mira!

MANF. (Volviendo la cabeza y señalando su propia sombra.)
Es de tu cuerpo adorado
la sombra que sobre el muro
esas llamas arrojaron.

BEAT. ¡Y qué negra me parece!

MANF. ¡Y á mí tu cuerpo, qué blanco!

MANF. ¡Malhaya fuego que trueca
en negrura el alabastro!

BEAT. Pues el fuego de tu amor
hizo conmigo otro tanto.

(Se vuelven á sentar junto al fuego y quedan silenciosos.)

MANF. ¿En qué piensas?

BEAT. No lo sé.

¡Son pensamientos tan vagos!

Y tú, ¿qué tienes?

MANF. ¿Qué tengo?

Que siempre sabor amargo
hay en todas las palabras
de tus labios y mis labios.

¿Por qué no somos felices? (Con desesperación.)

¿por qué, dí, si nos amamos?

BEAT. Yo no lo sé. ¡Calla! ¡Escucha!

MANF. Ahora sí.

(Escuchan los dos con angustia.)

BEAT. Fué un prolongado
gemido.

MANF. Tienes razón;

cual fantasma del pasado
ó amenaza del presente.

—

—Mi dorado camarín
en que con Jaime veía,
allá de la tarde al fin,
ponerse al astro del día
tras cortinas de carmín.

—

Esa ventana ojival
á que ansiosa me asomaba
al escuchar la señal
de que mi dueño tornaba
á su castillo condal.

—

Y la banda carmesí
que bordé con embeleso
una y otra noche aquí,
y que al partir le ceñí
mientras él me daba un beso.

—

Esa armadura, terror (Señalando á su trofeo)
de los moros de Granada,
que limpié con tanto amor,
porque venía manchada
con sangre de su señor.

—

Hasta su clarín de guerra,
que imagino que otra vez
(Se oye en efecto el toque de un clarín)
resuena al pie de la sierra,
anunciando que á su tierra
vuelve el Conde de Argelez.

—

Hasta el noble y viejo hogar
en que al amor de la lumbre
él me solía contar,

bajo la ahumada techumbre,
los consejos del lugar.

—
Todo como estaba se halla:
todo le espera fiel,
desde la piedra á la malla:
hasta su viejo lebrel
y su corcel de batalla.

—
Todos constantes le han sido:
todos la fe le han guardado:
ninguno le dió al olvido
más que su dueño querido,
más que su dueño adorado.

—
Y todo así en el torreón,
desde el muro á la coraza,
desde el lebrel al bridón,
es una eterna amenaza
y una eterna acusación.

—
¡Qué más! Hasta ese tapiz,
(Mirando con horror al fondo.)
el espanto comprendiendo
de esta mujer infeliz,
parece que está diciendo:
«¡aquí está!»

ESCENA III

BEATRIZ; DON JAIME, seguido de algunos PAJES y ESCUDEROS.
Se levanta el tapiz y aparece DON JAIME y los que le acompañan

BEAT.

¡Jaime!

(Retrocede al ver á su esposo)

JAIME

(Avanzando)

¡Beatriz!

(Beatriz da un grito y cae desmayada en tierra. Jaime la levanta y la sostiene entre sus brazos. Los demas se aproximan.)

No temáis... Fué la emoción.
 Que venga pronto mi hermano.
 Vuelve el calor á su mano
 y el latido al corazón.
 ¡Mi Beatriz!... ¡Mi amor! .. ¡Cuán bella!
 Manfredo y no más testigos.
 (Dirigiéndose al acompañamiento.)
 Idos, mis buenos amigos:
 dejadme á solas con ella.
 Más preparad el torreón,
 (Deteniéndolos con el gesto.)
 como os he dicho al entrar,
 que me sigue y va á llegar
 el monarca de Aragón.
 (Vase por el fondo el acompañamiento.)

ESCENA IV

DON JAIME; BEATRIZ desmayada

JAIME Unico amor de mi vida,
 por quien perdí como infame
 torre por mí defendida,
 abre los ojos y dame
 con ellos la bienvenida.

—

Yo arrojé por tí contento,
 en la sangrienta jornada,
 honra y existencia al viento,
 y ahora quiero una mirada,
 de amor y agradecimiento.

—

Mas no tardes, vida mía,
 que helada estás por acaso
 como una escultura fría,
 y este fuego en que me abraso
 á un mármol animaría.

—

Si vives, vive mujer: (Con ansiedad.)
 si has muerto, no tardes, no,
 en hacérmelo entender,
 que tú muerta y vivo yo
 ¡ya ves que no puede ser!

(Beatriz comienza á volver en sí.)
 ¡Alma, si del cuerpo inerte
 rompiste ya la clausura,
 dimelo, que yo iré á verte
 y á contemplar tu hermosura
 en el seno de la muerte!

Ya el calor vuelve á su mano
 ya de vida una centella...

ESCENA V

BEATRIZ, DON JAIME y MANFREDO

Beatriz desmayada en los brazos de Don Jaime, pero volviendo poco á poco en sí. Manfredo por la izquierda, segundo término

- MANF. Rogué á Juana, pero en vano.
 (Aparte, reparando en el grupo que forman don Jaime y Beatriz.)
 ¡En ajenos brazos ella!...
 ¡Miserable!
 (Dice esto precipitándose sobre don Jaime: éste se vuelve y se reconocen.)
 ¡Jaime! (Retrocediendo.)
- JAIME (Con explosión de alegría.) ¡Hermano!
 A mi pecho, ó ¡vive Dios!
 que creeré que te doy miedo.
- MANF. ¡Jaime.. Jaime!
 (Acercándose poco á poco.)
- JAIME ¡Ven, Manfredo!
 ¡En un abrazo los dos!
 (Sin soltar á Beatriz, coge con el brazo libre á su hermano.)

- MANF. Basta...
- JAIME Mira, vuelve en sí.
- BEAT. ¿Dónde estoy?
(Mirando, como si no comprendiese, á don Jaime y á
Manfredo.)
- ¡Virgen sagrada!
- ¡Jaime y tú!
(Reconociéndolos al fin.)
- JAIME ¡Beatriz amada!
- BEAT. ¡Suéltame!..
- MANF. ¡También á mí!
- (Los dos se arrancan de los brazos de don Jaime: los
dos retroceden unos pasos y quedan á alguna distancia
de él, contemplándole con terror. Pausa.)
- JAIME Singular recibimiento,
y recibimiento triste.
No comprendo en qué consiste,
pero extraña angustia siento.
Vuestro aspecto al contemplar
dudo si soy, y esto es llano,
el esposo y el hermano
que torna al fin á su hogar,
ó más bien sombra importuna,
sin contornos y sin vida,
de unas ruinas desprendida
á los rayos de la luna;
sombra de muerte y tristeza,
que viene á llamar medrosa
á la puerta desdeñosa
de su antigua fortaleza.
- MANF. (Reponiéndose algo, y acercándose con fingido afán.)
¿Qué dices? No: por favor...
Confunde nuestra alegría...
(A Beatriz.)
- JAIME Pues cualquiera pensaría
al veros que era pavor.
- MANF. (Esforzándose de nuevo por fingir.)
¡Qué ideal... Si es que... se dijo...
por gentes que aquí llegaron
que los franceses que entraron
á nadie, á nadie... de fijo,
dejar quisieron con vida.
- JAIME No quisieron, eso es cierto.

- BEAT. Y entonces te juzgué muerto.
(Dice esto con supremo esfuerzo, por decir algo, y rompe á llorar. Don Jaime se acerca á ella con interés. Ella le tiende los brazos con afán convulsivo.)
¿Ves mi faz descolorida?
- JAIME Sí; cual lirio que se trunca.
Esta faz...
- BEAT. Ya no es aquella.
- JAIME Pero aun así estás muy bella:
¿quizá más bella que nunca!
- BEAT. Y mis ojos, Jaime, di,
¿brillan como antes mis ojos?
- JAIME Sí brillan, pero están rojos.
- BEAT. De tanto llorar por tí.
- JAIME ¿No me engañas? ¿No? Mi bien,
ese llanto triste y puro,
¿fué por mí?
- BEAT. Por tí, lo juro.
- MANF. (Con verdad y celosa amargura.)
Por tí, lo juro también.
- JAIME ¡Os creo!
(Con arranque de noble confianza. Pausa. Queda de nuevo pensativo.)
¿Pero el horror
que sentisteis y el espanto?...
¿Es que se parecen tanto,
Jaime, el placer y el dolor!
- JAIME ¡Eso para ser feliz
es necesario que sea!
¡Eso es preciso que crea!
(Como queriendo imponerse á sí mismo.)
¿Pero lo crees? (Con ansiedad.)
- BEAT. (Con nuevo arranque de amor y de confianza.)
¡Sí, Beatriz!
Con tanta sangrienta herida
y con tanto delirar,
casi he llegado á olvidar
cómo se vive en la vida;
que del dolor el tormento
en mí se cebó de suerte,
que las sombras de la muerte
aun traigo en el pensamiento.
¡Otra vez á mí los dos!
(Abriéndoles los brazos con expansión y alegría.)

- BEAT. (Se acerca á su esposo. Manfredo también.)
¡Sí, Jaime!
(Se abrazan otra vez; Manfredo se separa al instante, con dulzura, y trata de variar la conversación.)
- MANF. No nos dijiste
cómo salvarte pudiste.
- JAIME ¿Cómo? Por obra de Dios.
(Coge á Beatriz por una mano y la hace sentar. El se sienta á su lado. Manfredo en pie. Pausa.)
Rechazar pude el asalto
con mis brazos montañeces,
y con cuerpos de franceses
vióse el foso rebosar.
Por el fuego derretido
vomitaba cada almena,
como monstruo á boca llena,
plomo hirviente sin cesar.

—

Siempre las hondas silbando,
y las ballestas cruziendo,
y los de afuera cayendo
al pie siempre del torreón.
Y á la luna, y en mi mano,
por mi sangre ya manchada
y por todos aclamada,
la bandera de Aragón.

—

Pero estaba el enemigo
en la misma fortaleza,
y aunque Dios me es buen testigo
que luché para morir,
ó por débiles sus brazos,
ó mi cuerpo por robusto,
ó el destino por adusto,
no lo pude conseguir.

—

Sólo sí, perdí el sentido:
algo horrible vino luego:
tempestad de sangre y fuego
por encima me pasó.

Transcurrieron muchas horas,
 el castillo fué incendiado,
 y fué luego abandonado
 cual cadáver: *como yo.*

El y yo en abrazo estrecho.
 Yo enterrado hasta los hombros,
 como si él con sus escombros
 consiguiérame abrazar.
 Y á mi vez, con ansia loca,
 aferrado en mi agonía,
 á las piedras que podía
 con mis brazos alcanzar.

A otra noche, entre las ruinas,
 moribundo y desangrado,
 ó ya en ellas sepultado,
 ó guardándolas tal vez,
 por piedad, que el cielo premie,
 con mi helado cuerpo dieron
 unos monjes que vinieron
 del convento de Argelez.

Mal cerradas mis heridas,
 pero el alma otra vez brava,
 del rey supe que se hallaba
 detenido en Cervellón.
 Llegué; vile, dije al punto:
 «aun me queda alguna sangre:
 »si aprovecha, cual barrunto,
 »tómala, rey de Aragón.»

Y esta es toda mi aventura.
 Pero el rey...
 (Se oye el ruido del puente levadizo.)

MANF.
 JAIME

¿El rey te sigue?
 Ha querido que le abrigue
 una noche por leal
 el castillo de mis padres.

Y presumo que ha llegado,
porque el puente han desplomado
de la torre señorial.

(Se levanta, va á la ventana y mira por ella)

Ya se escuchan los clarines;
y las armas ya rechinan:
hacia el puente se encaminan:
ven, Beatriz: vamos los dos.

Que don Pedro te contemple,
y que piense bien y note
que más vale que su lote
el que quiso darme Dios.

(Vanse por el foro Beatriz y don Jaime.)

ESCENA VI

MANFREDO

A todos dió ese reparto
ó buena parte ó buen lote:
sólo al bastardo por befa
su bastardía tocóle.
Al rey su reino, y á más
el de Sicilia, que á botes
supo ganar de su lanza,
en eso estamos conformes;
pero que aun siendo muy buenos,
no han podido ser mejores
que los que yo hubiera dado
al frente de mis varones
á tener una corona
y un ejército de nobles.
A mi hermano sus castillos,
y su condado, y su nombre,
y por completar su dicha,
de mujer tal los amores,
que por lograrlos he dado
de los inmortales goces
del cielo toda mi parte,
si es que alguna en tales dones
á un bastardo como yo
se le guarda y reconoce.

A mí en cambio... nada, nada;
 ni coronas, ni blasones,
 ni gloria, ni amor siquiera,
 que de traidor y de torpe
 no lleve sello maldito,
 y no manche cuanto toque.
 Y por si este no bastase,
 siempre, de día y de noche,
 una voz que nunca suena
 y que eternamente se oye,
 en las largas galerías,
 en los huecos de las torres,
 en los pliegues de las nubes
 y en las frondas de los bosques.
 Voz que dice sin cesar:
 «Caín, Caín fué más noble.
 »Por algo Dios y tu padre
 »no quisieron darte nombre.»

ESCENA VII

MANFREDO; JUANA por la izquierda segundo término. Viene vestida de luto, y al entrar mira con empeño á Manfredo

MANF. Juana, ¿qué buscas aquí?
 JUANA Lo único que ya me resta:
 la venganza.
 MANF. ¿Quién la apresta?
 JUANA Yo.
 MANF. ¿Contra quién?
 JUANA Contra tí.
 MANF. Eres injusta
 JUANA ¡Villano!
 ¿No fuiste tú su asesino?
 MANF. Yo, no. Lo fué su destino.
 JUANA Pero lo fué por tu mano. (Pausa.)
 El amor de mi Roger
 era cuanto yo tenía:
 ni más venturas pedía,
 ni más codiciaba ser,
 de este tránsito mortal
 en el áspero sendero,

que del humilde escudero
la compañera leal.

Dió por ciega la fortuna
á tí y á los tuyos todo:
y á nosotros ¡pobre lodo!
mala fosa y mala cuna.
Para la cuna, el dolor;
para la fosa, una cruz;
y sólo un rayo de luz
de la una á la otra: *el amor*.

Pues ese rayo, remedo
de más altos resplandores,
lo apagaron tus furores.

¡Y no sé por qué, Manfredol

¿Tomé parte alguna vez
en tus glorias ó reveses?

¿Te he impedido yo que fueses
Conde ó Duque de Argelez?

¿Fuí yo de tu bastardía
la causa ni la ocasión?

¿Pues qué ganó tu blasón
con *su muerte* y mi agonía?

MANF.

JUANA

Deliras y te perdono.

¿Tu perdón? Ya viene tarde;
y con mostrarte cobarde,
aun haces mayor mi encono.

MANF.

JUANA

Vete.

Cuando hable con él.

MANF.

JUANA

¡Con él! ¿Con quién?

Con tu hermano.

(Al notar un movimiento de Manfredol)

Sé que vino. Aunque lejano,
oí ladrar á su lebrel.

Tendido y triste esperaba
junto al puente levadizo.

Yo en un negro pasadizo
junto á una puerta lloraba.

Pero él tuvo mejor suerte
que mi suerte maldecida:
su dueño tornó con vida,
mi dueño quedó en la muerte.

En fin, ello es que los dos
al mismo tiempo esperamos

y al mismo tiempo lloramos;
y de este modo, ante Dios,
en lenguaje bien sencillo,
de un puente los duros gonces
y de una puerta los bronces,
probarán que este castillo,
dentro de su barbacana,
no vió bajo sus dinteles
más que dos seres fieles,
un lebré y una villana.

MANF. (*Acercándose amenazador.*)

¿Por qué dices eso?

JUANA Tú

no puedes interrogarme.

MANF. ¿Y tú puedes afrentarme?

JUANA Sí puedo.

MANF. (*Cogiéndola de un brazo.*)

¡Por Belcebú,
que hablarás!

JUANA Al de Argelez.

MANF. Llevo su sangre.

JUANA No entera.

Alguna: y de tal manera,
que esa te sube á la tez.

MANF. ¡Juana! (*Amenazando.*)

Vete. (*Conteniéndose.*)

JUANA Cuando le hable.

MANF. Pronto.

JUANA Que no.

MANF. ¡Y me provoca!

Eres implacable ó loca.

JUANA Lo que tú fuiste, implacable.

MANF. No puedes verle.

JUANA Es de ley

que le vea.

MANF. El soberano

viene con él.

JUANA (*Con alegría.*) ¡Con tu hermano!

MANF. El rey. (*Asomándose al fondo.*)

JUANA Pues mejor; al rey.

ESCENA VIII

DON JAIME, BEATRIZ, DON PEDRO III DE ARAGÓN, MANFREDO, JUANA, VARONES, CAPITANES, ESCUDEROS, PAJES, etc.; todos llegan por el fondo. Delante dos Pajes, que corren el tapiz, y otros dos con luces, que las dejan, ó sobre la mesa ó en las basas de los trofeos; don Jaime, Beatriz y el Rey, á medida que el diálogo lo indica, avanzan hasta colocarse en primer término, pero á la izquierda: Manfredo y Juana quedan en primer término, pero á la derecha: los varones casi en primer término: en segundo, el resto del acompañamiento; guardia de almogávares á la puerta.

- JAIME Entrad, señor, y tenga mi castillo,
baluarte heróico de pasados tiempos,
la honra de ver sobre sus anchos muros
al vencedor, y al rey, y al caballero.
- REY Varón aragonés, mi noble Conde,
bien defendiste el apretado cerco.
Mucho Aragón te debe.
- JAIME (Con repugnancia y enojo.) ¡Nada, nada!
REY Tu mano: yo también mucho te debo.
(Le da la mano.)
Para tí no quisiste recompensa.
- JAIME No la quise, señor; no la merezco.
- REY Mal juez en propia causa es uno mismo.
- JAIME ¿Dónde hallarlo, señor, más justiciero?
(Con amargura.)
El perder un castillo, más merece,
que noble galardón, duro escarmiento.
- REY Al que infame vendió la fortaleza,
tu brazo se lo impuso y yo lo apruebo.
Al que cual tú se hundió bajo sus ruinas...
- JAIME Nególe Dios, por justo ó por severo,
el sólo galardón á que aspiraba:
de ellas hacer sepulcro de su cuerpo.
- REY Venza tu voluntad, pues tú lo quieres;
pero en esta ocasión yo te recuerdo
que muchas veces me pediste, Conde,
lo que yo te negué y hoy te concedo.
(Movimiento de don Jaime.)
Ennoblecir á un hombre que tu sangre

lleva en sus venas y quizá tu aliento.

(Movimiento de Manfredo)

JAIME

¡Señor, señor! (Con extraordinaria alegría.)

REY

¿En dónde está tu hermano?

Quiero hacerle tu igual.

(Manfredo retrocede instintivamente á segundo término, y se hunde, por decirlo así, en sí mismo. El actor interpretará con su talento las sensaciones que debe experimentar al ver que por méritos del hermano, á quien deshonra, y por ruegos suyos puede realizar todos sus sueños de ambición.)

MANF.

(Aparte.) (¡Gran Dios!)

JAIME

(Se dirige gozoso á Manfredo, le trae de la mano y se lo presenta al Rey. Manfredo dobla la rodilla y aún más la cabeza. Al ir á traerle.) ¡Manfredo!

REY

Conde del Ampurdán, que un mismo padre su sangre os repartió prueben tus hechos.

(Le hace levantar)

¿También rechazas la merced que le hago?

(A don Jaime.)

JAIME

Esta no la rechazo, no: la acepto.

Y aunque él la pagará, que mucho puede, somos dos los deudores, rey don Pedro.

MANF.

Para que haya deudor es necesario

que haya otra cosa más; deuda primero.

REY

La deuda existe, pues la acepta el Conde.

(Con extrañeza y acento de severidad)

MANF.

(Con energía.)

Si él la acepta, señor, yo no la acepto.

JAIME

¿Qué dices?

MANF.

La verdad, y esto no amengua ni mi lealtad, señor, ni mi respeto.

Mas por mérito ajeno concedida, la merced es afrenta antes que premio.

(Con fiereza.)

REY

(Con enojo y desdén.)

Las mercedes que otorga tu monarca jamás afrenta son, ni aun recayendo en un sér... como tú.

MANF.

Porque no corran peligro semejante no las quiero.

REY

¿Y si lo mando yo?

MANF.

De llevar nombre

ó no llevarlo ¡oh rey! yo soy el dueño:
ni mi hermano, ni vos. Soy lo que he sido.
Pues bastardo nació, bastardo quedo.

REY ¿Tú desprecias?... (Avanzando amenazador.)

JAIME (Interponiéndose.) ¡Señor!

BEAT. (Lo mismo) ¡Señor!

REY (Conteniéndose.) Ya basta.

En Aragón, del noble y del plebeyo
la libertad es ley, según afirma
de la *Unión general el privilegio*.

¿Quieres bastardo ser? Como te plazca:
mas retírate atrás, y al par quedemos
los que somos iguales: reyes unos,
varones otros y ambos caballeros.

(Aparte, pensativo y sombrío.)

(Como un bastardo, todos: mala yerba.
Así fué Fernán-Sánchez, bien me acuerdo.)

JAIME Su fiereza excusad: es noble arranque...

REY Basta, Argelez.

JAIME Señor...

REY Aquí acabemos.

JAIME Enojado quedáis

REY No, ciertamente:

y la noche pasar, en prueba de ello,
quiero contigo y con tu noble esposa
en íntima velada y junto al fuego.

No ved al Rey en mí. El huesped sólo
es el que os pide lumbre, albergue y lecho.

(Se sienta el Rey en uno de los sillones blasonados, al
lado del hogar: á su derecha Beatriz, á su izquierda
don Jaime. Manfredo, siempre en pie, en segundo tér-
mino. Juana muy cerca de él. Con tonó bondadoso y
familiar.)

A este castillo feudal
¿no trajo jamás el viento
el enamorado acento
de la musa provenzal?

¿Ningún trovador llegó
bien amado ó mal ferido?

JAIME (Con interés.)

Uro sólo, y ese ha sido
mi hermano.

REY (Con disgusto.) Tu hermano, no.

(A Beatriz.)

Aunque soy hombre de guerra,
me agrada la poesía.

¿La Condesa no tendría,
de esta torre ó de esta tierra,
guardada allá en su memoria,
que yo sé que es peregrina,
alguna fabla divina
ó alguna sabrosa historia?

BEAT.

(Con tono glacial, á pesar suyo. Es mujer, y no olvida que acaba el Rey de afrentar á Manfredo.)

No puedo al Rey mi señor
ofrecer lo que desea.

Nada recuerdo que sea
digno de tan alto honor.

REY

(Cortés y respetuoso, pero contrariado y sin poder dominarse por completo.)

Perdonad: ¡cómo ha de ser!

Seguiré la vuelta dando
á la estancia, mendigando

un poco de gay-saber:

á tí no te he de pedir

(Fijando la vista en don Jaime y hablándole afectuosamente.)

lo que no me puedes dar.

Tú sólo sabes luchar.

JAIME

Y mal, pues no sé morir.

REY

(Volviéndose a los de segunda fila.)

¿Y entre esa gente tampoco

habrá ninguno que quiera

de trovador á manera,

ó de bufón ó de loco,

inflamar su fantasía,

aguzar su entendimiento,

y de este modo contento

procurarnos y alegría?

Que estén solas no es razón

en tal empresa esas ramas,

(Señalando á la hoguera.)

que todas se vuelven llamas

para dar luz al salón.

(El Rey pasa la vista por varios grupos que le rodean. Silencio. Pausa. A cada momento se muestra más y

más contrariado, y juega maquinalmente con el puño de su espada.)

Nada: silencio otra vez.
Por ninguna parte medro.
Mal trañan al Rey don Pedro
en la torre de Argelez.
Menos me costó en rigor
la conquista de Sicilia,
que encontrar en tu familia
bueno ó malo un trovador.

JUANA

(Adelantándose.)

Si una leyenda deseáis,
Rey de Aragón, y tras ella
de un crimen la roja huella,
dísteis con lo que buscáis.

JAIME

¡Juana! (Con sorpresa.)

BEAT.

¡Juana! (Con terror.)

REY

Esa mujer
que se presenta enlutada,
trayendo á nuestra velada
dolor en vez de placer,
¿quién es?

JUANA

Quien viene á pedir
venganza, Rey justiciero.

BEAT.

(Con cierto apreso amiento.)

La esposa de un escudero.

JUANA

Su viuda, queréis decir.

JAIME

¿Murió Roger?

(Con verdadero sentimiento y con sorpresa.)

JUANA

Sí, murió.

REY

(A don Jaime.)

Roger se llamaba un bravo
que tú me enviaste, y que al cabo
de San Feliú mandé yo.
Cierta mensaje le dí
que contestación pedía.
¿La traía?

JUANA

La traía
cuando murió.

REY

¿Dónde?

JUANA

Aquí.

REY

Expón tu agravio.

JUANA

Al final
del cuento ó de la conseja.

- REY ¿Una conseja?...
- JUANA Tan vieja
como esta torre feudal.
- REY ¿Y tú la sabes?
- JUANA Tal vez.
Mas contarla corresponde
en justicia...
- REY ¿A quién?
- JUANA Al Conde.
- REY (Volviéndose á don Jaime.)
Pues comience el de Argelez.
- JAIME (A Juana.)
¿Una leyenda?
- JUANA Sí.
- JAIME ¿Cuál?
- JUANA La de la puerta de bronce
que, al girar sobre su gonce,
se cierra de modo tal,
que ninguno, á no ser vos,
o aquel que el condado herede
y el secreto, abrirla puede.
- REY ¿Y ahora?
- JAIME Sí.
- REY Gracias á Dios.
(Pausa. Movimiento general para prepararse á oír la
leyenda.)
- JAIME En otros siglos de ambiciones locas
fundaron esta torre mis abuelos:
diéronle bases las gigantes rocas,
y á sus almenas pabellón los cielos

—

El moro fronterizo, el tiempo duro,
despoblado el breñal, el torreón fuerte,
sólo su ancho recinto era seguro
albergue en vida y sepultura en muerte.

—

Y así en la base de la torre erguida;
bajo el cimiento y en la roca brava,
cual negra cripta ó fúnebre guarida
labróse extensa y anchurosa cava.

—

Allí fueron, señor, de mis mayores
 á dormir en sepulcros, esparcidos
 por fosas, nichos y anchos corredores,
 los despojos del alma despréndidos.

Y en ese, del descanso eterno centro,
 que grandezas humanas avasalla,
 descansaré también, si antes no encuentro
 sepultura en el campo de batalla.

REY
 JAIME

¿Y la leyenda?

Señor,
 antigua crónica cuenta
 que halló muerte en lid sangrienta
 contra el árabe Almanzor
 cierto conde de Argelez;
 que su cadáver trajeron
 al castillo, y que le hicieron
 exequias de su alta prez,
 y de su nombre y caudal,
 dignas por toda manera,
 que, según pensaban, era
 caballero sin rival.
 Tendido en su sepultura,
 entre las manos su espada,
 la lápida levantada,
 por mortaja la armadura,
 le dejan: salen: en pos,
 la puerta de encina y hierro
 gira, y en aquel encierro
 se quedan el muerto y Dios.
 Pero no: también quedaron,
 cual severos juzgadores,
 las sombras de sus mayores,
 las de aquellos que bajaron
 antes que él á la región
 de la eterna obscuridad,
 donde se ve la verdad
 sin la llama de un hachón,
 donde el engaño no medra
 ni el criminal nos fascina,

donde el cuerpo se reclina
y duerme en lechos de piedra.
Y la leyenda, al llegar
á este punto, diz que luego
que todo quedó en sosiego,
comenzaron á brotar
fantasmas en larga hilera
que el sepulcro circundaron
y que del muerto miraron
por tan extraña manera,
y con mirada tan dura,
si mira huecos sin ojos,
los terrenales despojos,
al través de la armadura,
que ante el negro tribunal
aquella carne sin vida
agitóse estremecida
en su cárcel de metal.
¿Recordó algún olvidado
secreto, antiguo y profundo?
¿algo que ignoraba el mundo,
crimen, deshonra ó pecado?
Ello es que poco después
rompió la puerta de encina
y huyó á la torre vecina
un cadáver con arnés.
Y ya desde aquella noche
no hubo paz en el castillo;
porque al extinguirse el brillo
del sol y su rojo broche
traspasar el monte obscuro,
mostrábase el alma en pena,
ya apoyada en una almena,
ya vagando por el muro:
sombra con fieros rigores
por otras sombras tratada,
y por ellas arrojada
del panteón de sus mayores:
miserable despojo inerte
de un ser noble y poderoso,
á quien nunca dió la suerte
ni una noche de reposo
en el seno de la muerte.

- JUANA (Aparte.)
(Todos bajan la frente: por qué todos tiemblan y palidecen y se callan?)
(En voz alta al Rey.)
¿No queréis conocer de la leyenda la conclusión?
- REY Sí á fe.
- JUANA Pues bien...
- REY Acaba.
- JUANA La puerta del panteón, que era de encina, por otra se cambió fuerte y pesada, toda de bronce la segunda, y dicen que desde Roma una reliquia santa trajeron, y por élla, y entre rezos, la metálica puerta fué tocada. Con esto y con abrirse por oculta combinación de misteriosa máquina, que sólo el Conde sabe, se ha librado este viejo castillo de fantasmas. Hasta aquí la leyenda, y ahora el crimen. Y también la justicia.
- REY
- JUANA A reclamarla,
Rey de Aragón, á tu poder acudo.
- REY A nadie la negué.
- JUANA Lo sé.
- REY Pues habla.
- JUANA Pues en este panteón, que hace algún tiempo del castillo á las gentes franco se halla, porque en él una imagen milagrosa se venera en capilla subterránea, un hombre á mi Roger penetrar hizo, no sé por qué razón ni por qué causa, si por engaño fué, que sí sería...
- MANF. (Adelantándose)
Mintió quien dijo tal, que fué á estocadas.
(Movimiento de sorpresa en todos.)
- REY (A Juana.)
Más tarde lo sabremos: tú prosigue.
- JUANA El hombre de quien hablo á mi monarca, dentro la presa ya, la hoja de bronce con estruendo y furor cierra y encaja...
- REY ¿Y tiempo no será?
(Levantándose: todos se levantar.)

- JUANA Ya sólo es tiempo
para el castigo ¡oh rey! ó la venganza.
- REY El asesino dí. Pronto su nombre.
- JUANA El bastardo.
- MANF. Yo fuí.
- REY Lo adivinaba.
- JAIME (Acercándose á él como para protegerle.)
¡Manfredo!
- JUANA ¿Vacilais porque es su hermano?
La justicia es mentira.
- REY No, insensata.
De mi ley la cuchilla segar supo
cabeza tan indómita y tan alta,
que el nivel alcanzó no pocas veces
de don Jaime, su padre y su monarca.
Nivel halló después por mi mandato
del turbio Cinca en las revueltas aguas.
Si con mi propio hermano hice justicia,
con *ese*, ¿qué no haré?
- BEAT. (Aparte.) ¡Dios santo!
- JUANA ¡Gracias!
- JAIME (Avanzando respetuoso, pero decidido, hasta el Rey.)
Es mi sangre, señor.
- REY No por entero:
tan sólo la mitad.
- JAIME Pues esa basta
para que yo le quiera y le defienda
con todo el corazón y toda el alma.
- REY ¡Justicia en él la haré si la merecel
- JAIME Que la merezca ó no, de mi se ampara.
- MANF. No, Jaime: mi delito reconozco.
La sentencia, señor.
- REY Será mañana.
- JAIME ¡No será!... perdonad... mientras yo viva.
Es mi vasallo.
- REY (Imponiendo silencio.) Y yo soy tu monarca.
(A un capitán que sale á cumplimentar la orden.)
Buen Oliver, coloca centinelas
del panteón en la puerta. Con el alba
despiértente, que asuntos hay que importan.
Y tú, mi noble Conde, de mi cámara
el camino me muestra, que fué ruda
y sin descanso alguno la jornada.

- JAIME** (Se dirige, precediendo al rey, hacia la puerta de la derecha.
Venid, señor, que vuestro es mi castillo.
(Dos Pajes toman luces y se disponen á marchar delante del Rey, así como dos de sus capitanes á acompañarle. El Rey se dirige hacia la puerta expresada, pero lentamente, después de saludar á los demás varones. Beatriz se acerca á su esposo; Juana se coloca al lado de la puerta; Manfredo en el centro.)
- MANF.** (Inclinándose ante el Rey al pasar éste.)
¡Justicia quiero!
- BEAT.** (Adelantándose unos pasos)
¡Compasión!
- JUANA**
RÊY ¡Venganza!
(En el umbral de la puerta.)
Con la luz de la aurora querrá el cielo
dar luz también al que de allí la aguarda.
(Salen en el orden siguiente por la puerta de la derecha: los dos Pajes con las luces; el Rey: dos capitanes. Quedan al lado de la puerta don Jaime y Beatriz; algo separada, Juana: en el centro, Manfredo. Salen por el fondo las demás personas.)

ESCENA IX

BEATRIZ, JUANA, DON JAIME y MANFREDO. Beatriz y don Jaime vienen al centro á buscar á Manfredo. Juana en pie, al lado de la puerta por donde salió el Rey

- BEAT.** (A Manfredo.)
¡Huyel
- MANF.** ¡Jamás!
- JAIME** No temas. Con mi vida de la tuya respondo. Con mi espada atajaré, si necesario fuere, al mismo rey si ciego se empeñara, á contra-fuero y contra-ley, en darse por juez de mis vasallos en mi casa. Eres mi hermano: tu escudo es mi cariño.
- MANF.** Abandóname, Jaime.
- JAIME** No. Te aguarda,

monarca de Aragón, quien no te cede
ni por el corazón ni por el alma.

(Volviéndose hacia la puerta por donde salió don Pedro.)

JUANA (En voz alta, como desafiando á don Jaime.)


Duerme, rey de Aragón: junto á tu puerta
en vela está la viuda y la villana.

JAIME (Como en contestación.)

El Conde de Argelez vela tu sueño:
duerme, rey de Aragón, duermé hasta el alba.

(Queda Juana en pie al lado de la puerta; don Jaime, en el centro, mirando hacia aquella parte; Beatriz y Manfredo, á su izquierda.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La escena representa el panteón subterráneo del castillo de Argelez.

En esta decoración cabe cuanto la imaginación quiera; y, sin embargo, para las necesidades del drama, todo ello puede reducirse á muy poco. Lo puramente preciso es lo siguiente: puerta en el fondo; estando abierta se ve bajar de frente, ó algo inelinada, una ancha escalera entre dos muros macizos, la cual termina por abajo en un corredor transversal; es decir, que entre la puerta y el principio de la expresada escalera, hay un espacio de nivel que representa el ancho del pasadizo. Después de la puerta por la parte interior de la cripta, puede haber dos escalones, aunque no son precisos. El panteón muy sombrío: á uno y otro lado se ven los acometimientos de varias galerías transversales. En rigor basta con uno de cada lado. En primer término, casi de frente, á la izquierda del actor, un sepulcro que se supondrá que es del padre de don Jaime. Este sepulcro no debe ser muy alto: sobre él una escultura yacente, á ser posible, con armadura de bronce y cara de mármol. Al pie del sepulcro un escalón alto que puede servir de banco. A un lado, la boca muy baja de un pozo. La decoración, sobre todo, muy severa: detalle que no pueda presentarse dignamente, debe suprimirse.

ESCENA PRIMERA

CABRERA y ZURITA, que son dos soldados de la guardia del Rey, armados de picas. Un hachón encendido, clavado en un hueco lateral del sepulcro: ésta ha de ser la única luz

ZUR. De estas cosas, tú, ¿que piensas?
CAB. Yo pienso poco, Zurita.

En estas cosas y en todas
 obedezco sin malicia
 ni repugnancia á quien manda,
 si manda en ley. Mi consigna
 cumplo como buen soldado;
 y que entre por Algeciras
 el moro, ó que entre el francés
 por el Coll de las Panizas,
 á mi poco se me importa.
 Yo no dejo que alma viva
 entre, ni dejo que salga
 de esos huecos ni una hormiga
 sin aplastarla en las losas
 con el cuento de mi pica.
 Y lo demás que lo arregle
 el rey, como es de justicia.
 Pero aunque nada me importa
 de eso que tú dices, mira
 que lo que es hoy no cambiara
 mi pobreza y villanía
 por toda la sangre noble
 del bastardo.

ZUF.

¡Mala víbora
 le muerda, que no ha de darle
 más veneno del que cría
 el de Provenza en sus venas
 y por sus ojos destila!

CAB.

Dicen que el pobre escudero
 era mozo de valía.

ZUR.

Dicen que por celos fué.

CAB.

¿Una mujer en la intriga?

Si era preciso.

ZUR.

Manfredo
 hace tiempo perseguía
 á Juana; pero ella, honrada,
 ¡porque es muy honrada! altiva
 le rechazó.

CAB.

Si esa gente
 que en la Provenza se anida
 fué siempre mala y aviesa
 y tocada de herejía.
 Si esos trovadores traen
 con sus cántigas malditas

la corrupción á esta tierra
 y el vicio á nuestras familias.
 Si eso lo tengo yo dicho.
 Pero escucha, yo creía,
 porque anoche lo dijeron,
 que la causa era distinta,
 que en ella nada hay de amor,
 si no infame alevosía.

ZUR. Pues tú ¿qué sabes Cabrera?

CAB. Lo que la gente allá arriba
 murmuraba: Que el bastardo
 es un traidor.

ZUR. Lo sería
 de hijo.

CAB. Que al rey de Francia
 vendido está de por vida.
 Que él fué quien abrió el torreón
 aquella noche maldita.
 Y que como el escudero
 un mensaje de Castilla
 para el rey don Pedro trajo
 de importancia decisiva,
 quiso impedirlo... ¿comprendes?
 que lo llevase. ¿Se explica
 la cosa de esta manera?

ZUR. Ya lo creo: á maravilla.
 Traidor; preciso. Pero esto
 á lo que dije no quita.

CAB. Habrían sido las dos cosas.

ZUR. Y si otras cien adivina
 de escuderos, y de pajes,
 y de dueñas la malicia,
 siendo en contra del bastardo,
 ciertas son.

CAB. Esa es la mía.

ZUR. Pero yo digo algo más.
 A ser yo el rey, ¿qué imaginas
 que hiciese?

CAB. Pues no lo sé.

ZUR. En el tormento pondría
 dos personas: y á las cuñas,
 y á las cuerdas, y de prisa.

CAB. ¿Dos personas?

- ZJR. El bastardo.
- CAB. Ese, bien.
- ZUR. ¿Y no adivinas
la otra quién es?
- CAB. No, por Dios.
- ZJR. La Condesa.
- CAB. ¡Ave María!
- ZUR. Más culpable es que Manfredo;
porque, dime, alma sencilla,
¿no le bastaba mandar,
que con una buena viga
por ariete y diez jayanes
en el golpe, hiciesen trizas
la puerta para salvar
de ese pobre hombre la vida?
Pues ¿por qué no lo hizo?
- CAB. Dicen
que la puerta está bendita.
- ZUR. Más bendito es un cristiano
que el bronce de alguna mina
que del diablo fué antesala
y camino á sus guaridas.
Te digo que la Condesa
del castigo no se libra
de don Pedro, que es gran rey
y duro cual su loriga.
- CAB. En eso no piensas mal.
¡Y esta mañana tenía
una caral.. Levantóse
con las luces matutinas;
bajó con el de Argelez;
mandóle abrir esta cripta;
puso dobles centinelas;
subieron, oyeron misa
él, la Condesa y el Conde
y el bastardo, en la capilla
principal .. En fin, los cuatro
preparáronse en la guisa
de gente que va á juzgar
y busca la luz divina,
ó de gente que al morir
de sus pecados se limpia.
- ZUR. Ello es que algo se prepara.

¿En cuál de esas galerías
estará?

(Separándose de su puesto y mirando á uno de los lados
con curiosidad.)

CAB. ¡Guay del curioso!

A tu puesto: es la consigna.

ZUR. Yo en su caso, por dar fin
de una vez á mi agonía,
de cabeza voy derecho
al pozo, y luego á la sima.

CAB. ¡Gran pecado!

ZUR. Pero el último.

CAB. A tu puesto, que ya brillan
de la escalera en el fondo
luces que en la sombra oscilan.

ZUR. El rey... que venga y que juzgue.

VOZ (Dentro) ¡El rey!

CAB. El rey se aproxima.

ESCENA II

DON JAIME, JUANA y el REY; delante dos pajes con hachones. CABRERA y ZURITA, siempre de centinela

REY Sin alardes vengativos,
por hechos claros y ciertos,
en esta mansión de muertos
voy á juzgar á los vivos.
Ese banco por sitio,
esa tumba por testero,
y nunca un rey justiciero
halló mejor tribunal.

¿Dónde presumes, mujer,

(Volviéndose á Juana.)

que el cadaver de tu esposo
cayó buscando reposo?

JUANA ¿Decís? .. ¿que dónde, Roger? ..
¿Dónde?... ¡Me vence el dolor!...

(Vacilando).

JAIME ¡Apóyate, Juana, en mí

(Queriendo sostenerla.)

JUANA ¡No; dejadme! (Rechazándole.)

- REY (Sosteniéndola.) ¡Ven aquí!
- JUANA (Con respeto y asombro.)
¡Vos me sostenéis, señor!
- REY Quedaron mis pompas reales
en mi cámara desierta:
del lado acá de esa puerta
ya todos somos iguales.
Como en región montaraz
la tierra desmoronada
busca en la roca quebrada
algo á que asirse tenaz,
sobre mí, tu cuerpo inerte
sólo es, si lo miras bien,
tierra que busca sostén
en otra *tierra* más fuerte.
(Pausa. Juana recobra su fuerza.)
Mi pregunta es bien sencilla.
Responde si has comprendido.
- JUANA Sí, señor. Habrá caído
allá... junto á la capilla.
En sus últimos instantes
la lámpara del sagrado
hacia sí le habrá llamado
con destellos vacilantes.
- REY (A los centinelas.)
Donde dice, buscad bien,
y avisadme si le hallais.
(Cabrera y Zurita, precedidos de los pajes, hacen un
movimiento para salir.)
- JUANA Un momento: no vayáis
sin mí, que quiero ir también.
- REY Mas ¿vencer y resistir
podrás al verlo el dolor?
- JUANA Cuando al perderlo, señor,
no me hizo el dolor morir,
no ha de matarme, de cierto,
en mi empresa de buscarlo
la ventura de encontrarlo
ni aun encontrándolo muerto.
(Salen por una de las galerías de la izquierda Juana,
Zurita y Cabrera, precedidos de los pajes)

ESCENA III

DON JAIME y EL REY

- JAIME Pensáis á todo pensar
para mi hermano un castigo,
y pensando estoy conmigo
cómo poderlo salvar.
- REY ¿Tan grande afecto le tienes?
- JAIME Es mi hermano, y en rigor,
jamás alcanzó, señor,
ni más gloria ni más bienes
que mi fraternal ternura;
y si á esa piedra tornáis
(Señalando al sepulcro de su padre.)
la mirada, y si escucháis
algo que sé que murmura,
aunque escuchéis con desdén,
mal que os pese y mal que os cuadre,
oíreis la voz de mi padre
que me dice que hago bien.
- REY Sobre cariños humanos
y sobre humanas pasiones,
que al llegar á estas regiones
se deshacen en las manos,
hay, Argelez, algo eterno,
algo que no es de este mundo:
un cielo allá en lo profundo...
- JAIME ¡Sí, ya lo sé: y *un infierno!*
(Con cierto enojo y como si completase el pensamiento
del Rey.)
Y bien, será ceguedad,
ó pecado, ó maleficio,
mas si deseáis á tal juicio
someter mi voluntad;
si queréis, Rey de Aragón,
que esa justicia severa
que en vos implacable impera,
impere en mi corazón,
arrancadme de raíz,
porque yo, señor, no puedo,

- el cariño de Manfredo
y el amor de Beatriz.
- REY (Después de contemplarle algunos momentos)
¡Por Dios que estás apegado
á las cosas de la vida!
No importa, tu Rey no olvida
que eres un noble soldado.
Quedamos, pues, en que haré
cuanto pueda por el mozo,
que yo ni medro ni gozo
con dar tortura á tu fe.
- JAIME
REY ¡Ah, mi señor! . . .
- REY En conciencia
no me debes gratitud,
que mi virtud no es virtud.
¡Ay de aquel que en la existencia,
renunciando á mejor palma,
y por capricho bizarro
en un ídolo de barro
pone por entero el alma.
Que si contra el mármol frío
(Señalando al sepulcro.)
choca y se deshace al fin,
al trocarse en polvo ruín
queda el alma en el vacío.
Pero escucha...
- JUANA (Desde fuera.) ¡Mi Roger!
- JAIME ¡Es Juana!
- REY ¡Su llanto, si!
- JUANA ¡Rey de Aragón, por aquí!
(Como antes, pero más cerca).
- JAIME ¡Yá vienel
- REY ¡Pobre mujer!

ESCENA IV

DON JAIME y EL REY; JUANA, por una de las galerías de la izquierda

- JUANA (Vacilante, pálida, terrible: como la actriz crea que
debe presentarse después de haber abrazado el cadáver
de su esposo y al venir á reclamar venganza del Rey.)
Me prometísteis justicia:

¿no es verdad? Pues ha llegado
el momento. Está encontrado.

(Señalando hacia dentro)

¿No decís que nada vicia
ni destruye en Aragón
la rectitud de la ley?

Pues á demostrarlo, Rey,
que allá espera la ocasión.

Sobre las losas mi esposo,
muy cerca de la capilla;

y la lámpara que brilla
de ordinario en el piadoso

recinto de la sagrada
Virgen que en él se venera,

en el suelo, por de fuera,
á su lado y apagada.

Un pergamino ó papel

estruja su mano fría:

el mensaje que traía
debe estar, señor, en él;

en la otra mano un punzón

ó de madera una astilla:

lo que sea, rojo brilla

al resplandor del hachón.

Lo mojó en sangre sin duda,

que encerráronlo ya herido:

el pecho tiene partido,

y su espada está desnuda.

Venid conmigo de priesa,

venid y vos lo veréis,

venid si es que mantenéis

vuestra justicia y promesa.

Y pronto, que están, señor,

este suelo profanado,

aquel cadáver helado

y aun impune el matador.

Ya te sigo.

(El Rey y Juana se dirigen á la galería por donde ésta
vino: don Jaime les acompaña.)

JUANA

¿El de Argelez (Deteniéndose.)

viene con nosotros?

JAIME

Sí.

JUANA

Pienso que bastan allí

las dos víctimas y el juez.

(Con reconcentrado encono.)

Su presencia no apetezco.

JAIME

(Señalando al Rey.)

¿Torcer pretendes su fallo?

REY

Basta, Conde. (Con severidad.)

JAIME

Basta y callo.

REY

Espéranos.

JAIME

Obedezco. (Sale el Rey y Juana.)

ESCENA V

DON JAIME

¿Qué tiene esa losa fría,
 techumbre de un mundo helado,
 que ilumina lo pasado
 con la luz de un nuevo día?
 ¿Por qué en su región sombría,
 por qué en su cóncavo inerte
 todo se ve de otra suerte,
 todo se ve de otro modo?
 ¿Por que se transforma todo
 en el seno de la muerte?
 Sepulcro de mis mayores,
 ¿qué me tienen reservado
 en este cóncavo helado
 de la muerte los rigores?
 ¿qué suplicios, qué dolores,
 qué engendros de su furor?
 ¿ni cómo hasta mí, Señor,
 sus asaltos llegarán,
 si entrar no puede Satán
 en el cielo de mi amor?

ESCENA VI

DON JAIME, BEATRIZ y MANFREDO; los dos últimos por el fondo,
 ya por la escalera, ya por el corredor en que la escalera termina

JAIME

Cuando la negra barrera
 que separa vida y muerte,

traspase, cayendo inerte
 hacia dentro desde fuera,
 ¿bajo qué forma primera
la verdad vendrá hacia mí?
 Sepulcro, ¿qué veré en tí,
 que no lo sé y tengo miedo?

BEAT.

¡Mi Jaime!

JAIME

(Volviéndose.) ¡Beatriz! ¡Manfredo!

¡Vosotros!...

BEAT.

Nosotros, sí. (Pausa.)

(Beatriz, con angustia profunda, como si aún viese lo
 que pinta y como buscando instintivamente amparo en
 don Jaime.)

Las horas pasaban rápidas,
 y mi impaciencia era grande.
 Algo sucede, decía,
 cuando no regresa Jaime.
 Por la ventana miré,
 y en el patio hay un emjambre
 de escuderos y soldados
 y de fieros almogávares.
 Todos hablan de Roger,
 y á veces miran audaces
 á mi ventana. De fijo
 murmuran cosas infames.
 Me dió espanto y fuíme adentro,
 cerrando bien los cristales,
 cuyos colores tomaban
 tinte cárdeno al mirarme.
 El solitario salón
 más solitario mostrábase
 que nunca, y aunque llamé,
 fué en vano: no acudió nadie.
 Sólo por la galería,
 de cuando en cuando, algún paje,
 como si huyese, cruzaba
 muy de prisa y sin mirarme;
 ó algún soldado del Rey,
 su obscuro y feroz semblante
 mostraba un punto á la puerta
 entre curioso y cobarde;
 ó algún pájaro nocturno
 que el alba sorprendió errante,

chocaba ya atolondrado
del balcón en los cristales,
pintando un monstruo con alas
su sombra en los arquivadas.
Tuve miedo. (Abrazándose á don Jaime.)

JAIME

¡Mi Beatriz!

BEAT.

Perdí el juicio, y á llamarte
me puse á gritos.

MANF.

Entonces

yo acudí, y á todo trance
quiso bajar al panteón;
con lo cual, para librarle
de impacencias sin motivo
y de temores sin base,
á ser su guía presteme,
y aunque á mi pesar, la traje.

BEAT.

(Aparte)

(Parece que es su destino
á estas regiones guiarme.
¡Bien venida! si hallan fin
en sus sombras mis pesares.)
¡Qué negro todo! (En voz alta.)

JAIME

Fué negro

antes de que tú bajases;
pero al verte, sus tinieblas
se convierten en celajes.
¡Vuelva el carmín á tu rostro
con tinta cálida y suave,
y al menos por una vez
aquestos helados mármoles
comprendan lo que es la vida
al ver tu hermoso semblante,
y por sus cuerpos de piedra
circule calor de sangre!

MANF.

(A Beatriz, que está en los brazos de don Jaime.)

Tú eres la vida, bien dice:
y por ser tuya, es de Jaime;
conque mal estais los dos
entre losas sepulcrales.

Idos arriba: á la luz.

A mí entre sombras dejadme,
que yo soy de estas regiones,
y aquí estoy con mis iguales,

como ese Rey de Aragón
dijo anoche al afrentarme.

JAIME

¡Manfredo! .

MANF.

(Asómándose á una de las galerías transversales de la izquierda.)

Mira, allí viene,
y á su lado á Juana trae,
y les preceden á entrambos
con hachas dos almogávares.
La justicia y la venganza
juntas por la misma calle
de sepulcros: buen camino
tomaron para buscarme.
Que vengan, que yo seré
maldito, mas no cobarde:
que vengan, que, aunque bastarda,
es de Argelez esta sangre,
y quizá desde su lecho
de muerte me ve mi padre.

ESCENA VII

BEATRIZ, DON JAIME, MANFREDO, el REY, JUANA, CABRERA, ZURITA y un PAJE. Cabrera y Zurita vienen delante; los dos Pajes con hachas; después, el Rey; después Juana: todos por la izquierda.

El Rey trae un pergamino en la mano

REY

(A Manfredo.)

Por tu impulso viniste: no me pesa.
Mi enojo no te espanta: que me place.
El hombre que no afronta su destino
de cara y sin temblar, es un cobarde.
Puedes estar tranquilo por tu víctima:
del suelo del panteón sepulcro y cárcel
hicieron esos dos, dando piadosos
(Señalando á los almogávares.)
cristiano fin á lo que tú empezaste.
Al lado de su fosa, ya colmada,
otra mandé cavar profunda y grande,
por si hay quien quiera, al acabar sus días,
junto al fiel escudero reclinarsse.

El cumplió como bueno, que afanoso
guardó en su helada mano este mensaje:

(A Juana.)

buen marido te dió tu buena estrella:
mala muerte le dió mano implacable.
Señor...

JAIME
REY

Espera. A tu castillo sube,
ordena que mi gente se prepare,
y la tuya dispón, que antes que el día
del cielo hasta la cumbre se levante,
voy á partir, y partiras conmigo,
á librar de un segundo Roncesvalles
al Rey de Francia, que humillado vuelve
en procesión luctuosa á sus hogares.
Demandóme perdón: yo generoso
le permití volver sin inquietarle.
Pero vamos á ver desde las cumbres
quien entra en esta tierra cómo sale.

JAIME
REY

Obedezco.

Salid.

(A los almogávares y á los pajes. Se dirigen al fondo
Jaime, los almogávares y los pajes; éstos delante.)

Tú, Juana, vete.

JUANA
REY

(¿Y el castigo, señor?) (En voz baja.)

(Lo mismo.) Aquí con sangre
tu Roger lo escribió.

JUANA
REY

¿Y ha de cumplirse?
Cuando venció mi brazo en el combate,
yo siempre perdoné, decirlo puede
ese soberbio Rey que á Francia vase.
Mas nunca en mi clemencia hallar pudieron
de la traición las alevosas artes:
que lo diga también, y era mi hermano,
desde el fondo del Cinca, Fernán-Sánchez.

JUANA
REY

Tranquila os dejo. (A Beatriz.)

Tranquila y satisfecha.

Yo á castigar su muerte, tú á llorarle.

(Sale Juan mirando á Manfredo y á Beatriz, que instintivamente están juntos.)

Vosotros no. Que de este pergamino

(Previendo un movimiento de ambos.)

hemos de hablar los tres, ¡voto á San Jaime!

ESCENA VIII

BEATRIZ, EL REY y MANFREDO

- REY Con solo miraros creo
lo que me dice el escrito,
que la prueba del delito
la lleva en su rostro el reo.
- MANF. Inútil prueba, á mi ver,
porque jamás he negado
que esté mi hierro manchado
con la sangre de Roger.
- REY Escucha y el labio sella,
que con la verdad arguyo:
tu crimen no es solo tuyo;
un cómplice tienes, *ella*. (Señalando á Beatriz.)
- MANF. ¿Quién?... ¡Beatriz!...
- BEAT. (Aparte.) (La expiación.)
- MANF. (Con violencia y señalando el pergamino.)
¡Miente el impostor inmundo!
- REY Jamás miente un moribundo,
ni miente el rey de Aragón.
Con su mano casi inerte,
y con caracteres rojos,
la causa de tus enojos
y la historia de su muerte,
en aqueste pergamino
dejó escrito el infeliz.
- MANF. ¿Y en él habla?... (Con ansiedad.)
- REY De Beatriz,
y además de su asesino.
(Acercándose al hachón que está en el sepulcro, y leyendo.)
«Yo juro, y juro al morir,
»ante esa santa capilla,
»decir la verdad sencilla
»en lo que voy á decir.
»Anteayer de madrugada
»bajé al salón, según creo
»á recoger del trofeo
»para mi viaje una espada.
»La estancia estaba desierta,

»la mañana estaba oscura,
 »rechinó una cerradura
 »y á poco abrióse una puerta
 »Alzó un doncel el tapiz,
 »pasó una dama el dintel;
 »era Manfredo el doncel
 »y era la dama Beatriz.
 »Se miran con embeleso
 »y se despiden los dos,
 »dijendo un último adiós
 »en un suspiro y un beso.
 »Grito: ¡infames! sin querer;
 »viene á mí, después luchamos,
 »luchando al panteón llegamos,
 »y llego para caer.
 »El la puerta de metal
 »empuja sobre su gonce,
 »y da sepulcro de bronce
 »á su secreto fatal.
 »De este modo conseguír
 »mi silencio imaginaba;
 »si acertaba ó no acertaba,
 »que lo diga el porvenir.
 »Yo la infamia de los dos,
 »y su pena ó su destino,
 »dejo en este pergamino
 »á la voluntad de Dios.
 »Sea, pues, lo que ha de ser:
 »yo muero como leal »

(Sin leer.) Y acaba y dice al final:

(Leyendo.) «El escudero Roger.»

(Pausa. Manfredo y Beatriz quedan confundidos y anonadados. El rey los contempla frío y sereno.)

¿Es exacto lo que aquí
ese vasallo escribió?

Responde, Manfredo.

MANF. (Con enérgica desesperación.) No.

REY Responded, Condesa.

BEAT. (Resueltamente.) Sí

REY Confesión de buena ley.

MANF. Que solo el delirio arranca.

REY No tan firme, no tan franca.

BEAT. Como la debo á mi rey.

REY (A Beatriz.) Que mucho arriesgas advierte.

BEAT. A todo estoy prevenida.

REY ¿Tanto te pesa la vida?

BEAT. Tanto, que busco la muerte.

REY Quien deshonra su blasón
y deshonra el de Argelez;
quien echó sobre su tez
para siempre tal borrón,
si ha buscado por castigo
la muerte en esta jornada,
que la dé por encontrada
al encontrarse conmigo.

MANF. Si alardes de justiciero
queréis hacer, no me opongo,
y el cuello tranquilo pongo
bajo el corte de ese acero.
Pero es irritante yugo,
más que justicia severa,
confundir de esa manera
la víctima y el verdugo.
Yo terco la perseguí,
yo en mi fuego la inflamé,
ocasiones preparé
y por la fuerza vencí.

Yo, don Pedro de Aragón,
yo que triunfé de este modo,
lo merezco todo, todo:
ella, solo compasión.

BEAT. Cuando no perdí la vida
es que falté á mi deber;
cuando me dejé vencer
es que debí ser vencida.
Ya veis que todo me acusa,
que yo misma me he juzgado,
que no busco á mi pecado
causa, pretexto, ni excusa.
Pero ya que de este modo
mi vida yo misma os doy,
por quien sois y por quien soy,
¡que Jaime lo ignore todo!

MANF. El debe ignorarlo, sí.

REY (Aparte y pensativo.) Quizá lo mejor sería.

MANF. Y yo solo sufriría
lo que solo merecí.

- BEAT. Si de ambos la culpa ha sido,
de ambos el castigo sea.
- REY Ya ves cómo lo desea.
- MANF. ¡Si ha mentido! ¡si ha mentido!
(Al rey procurando convencerle.)
- BEAT. ¿Tú solo? No. Yo también.
¿No es verdad? (Al rey como suplicando)
- MANF. ¡Calla, infeliz!
- BEAT. ¡Quiero morir!
- MANF. ¡No, Beatriz!
- BEAT. ¡Quiero morir!
- MANF. ¡No, mi bien!
- (En un arranque de pasión, olvidándose del rey, acercándose á ella y cogiéndole las manos.)
- REY ¡Tanto os amáis ¡vive Dios!
que ni la misma agonía
os ataja en tal porfía!
¡Pues bien, moriréis los dos! (Con terrible enojo.)
Nada sabrá el de Argelez,
limpia su honra quedará,
que venganza le dará
su monarca como juez.
Y libre verase al fin,
por justicia soberana,
de una esposa cortesana,
y de un hermano Caín.
- MANF. Basta ya.
- BEAT. Gracias, ¡oh rey!
cuanto deseaba me dais.
- MANF. ¡La justicia atropelláis!
- REY A igual delito, igual ley.

ESCENA IX

BEATRIZ, MANFREDO, EL REY y DON JAIME, cuatro PAJES con hachones, varios CABALLEROS y ESCUDEROS. Todos por la puerta del fondo

- REY Mas un rumor lejano se percibe
cual si bajase gente la escalera,
haciéndola crugir el peso grave
y al choque rudo del arnés de guerra.

Ahí vienen, sí, con Argelez al frente,
(Acercándose al fondo.)

JAIME y entre rojas antorchas que flamean.
Justicia, ¡oh rey! á demandaros vengo,
aunque ya di comienzo por mi cuenta
á la que vos sin duda haréis más tarde
en esa maldecida soldadesca,
y algunos que braveaban hace poco
en el patio las losas ensangrientan.

REY A punto vienes si justicia pides,
que estábamos los tres en tal faena.
¿Quienes faltaron, Conde?

JAIME Los soldados
a que con vos, señor, la fortaleza
hospedaje leal brindó orgullosa.

REY ¿Y cuál la causa fué?

JAIME La airada lengua
de Juana: y de mis gentes las patrañas:
y la ruín condición de la plebeya.

REY En suma: ¿á qué llegaron?

JAIME ¡A pedirme!...

¡Si no lo adivináis! ¡Si no hay quien pueda,
ni la maldad llevando hasta el delirio,
ni alzando hasta lo absurdo la insolencia,
ni aun así, sospechar lo que esos hombres
pidieron... no, que aullaron como fieras!

REY ¿Pidieron?... di.

JAIME ¡La vida!...

REY ¿De tu hermano?

JAIME (Hace una señal afirmativa, se detiene y al fin dice
acercándose al Rey)

¡Y la vida, señor, de la Condesa!
¡De Beatriz! ¡de mi esposa!... ¡Si yo al pronto
ni pude comprender tanta demencia!

REY ¿Y comprendiste al fin?

JAIME Ellos lo digan,
pues ellos recibieron la respuesta.
«¿Vidas queréis, les dije, miserables?
pues á cargo de aquéllas, tomad esta;»
y arremetiendo á la canalla imbécil,
de tal modo sacié mi rabia en ella...
que ya lo veis, señor, casi tranquilo
pude volver del rey á la presencia.

de esta mansión en que la muerte impera;
nosotros á buscar la luz del día,
á entregar tú al verdugo la cabeza.

(A los Caballeros, señalando á Beatriz.)

Llevala á Barcelona.

(A Manfredo.) Tu á la muerte.

(A don Jaime)

Y tú conmigo, á lo alto de la sierra.

JAIME

(Con ira contenida, pero con reposo y dignidad, y refiriéndose primero á Beatriz, luego á Manfredo.)

Ni á Barcelona irá mientras yo exista
y un hierro sostener mi mano pueda,
ni he de salir sin él, si el firmamento
encima de la tierra se viniera,
ni el Conde de Argelez ha de seguirsos,
monarca de Aragón, ni en paz ni en guerra.

(Golpeándose el pecho.)

Varón aragonés, al fuero escudo
de libertad en la ocasión extrema.

Diránlo así *de desafiamiento*

cartas que provocó vuestra fiereza.

Y con *ella*, y con *él*, y con mi gente

(Señalando á Beatriz y á Manfredo)

pasaré de Castilla las fronteras.

Desnaturalizarme es mi derecho,

la ley me ampara de mi noble tierra,

y adonde más sus glorias se respeten

mi espada llevo y llevo mi bandera.

REY

Desnaturalizarte es tu derecho,

y nadie lo disputa ni lo niega;

por más que esta vez el fuero ampare
torpes ingratitudes y soberbias.

Pero Beatriz, pero Manfredo, Conde,

bajo mi ley están y aquí se quedan.

Traidores á su rey fueron entrambos,

y ha de cumplirse en ellos mi sentencia.

¡Hola! De esa mujer y de ese hombre,

sin más vacilación, de grado ó fuerza,

afiáncese los cuerpos; y tú, ingrato,

vete, que yo te libro de obediencia.

(Los Caballeros á quienes el Rey se ha dirigido, pretenden apoderarse de Beatriz y de Manfredo; don Jaime desnuda la espada, describe con ella un terrible se-

micróculo, aleja á todos y pónese delante de su esposa y desu hermano.)

JAIME

Quien se acerque á los dos bueno es que mire que á mi espada y á mí también se acerca.

REY

¡Preciso es acabar!

JAIME

Todo se acaba:

el honor, la lealtad...

BEAT.

¡Allí...

(A Manfredo, señalándole el lado en que está el Rey y como proponiéndole que pasen.)

MANF.

Pues sea.

Gracias, hermano.

(Por la espalda de don Jaime pasa el grupo de Caballeros y se entrega.)

BEAT.

Gracias, Jaime.

(Lo mismo que Manfredo.)

JAIME

¿Adónde,

insensatos, correis?

BEAT.

(Ya desde la izquierda.) Adonde llevan á tu hermano el deber, porque es tu sangre; á mí, Jaime, tu amor y mi conciencia.

(Al Rey.)

JAIME

Tuyos somos, señor, que Jaime salga.

¿Sin vosotros? ¡Jamás! ¡Pensad que llegan olas de sangre al corazón hirviente; olas de fuego á la abrasada lengua; olas de sombra á mi cerebro loco; olas de muerte á mi indomable diestra!

Y en esta tempestad de mis pasiones, sobre el mar de mis iras turbulentas, sólo flotan dos seres: dos tan sólo:

Manfredo... ¡por hermano! Ella... ¡por ella!

REY

(Sin poder contenerse.)

Mal te está el defender con tanto empeño... ¡tu deshonra!

(Movimiento de don Jaime, Beatriz y Manfredo.)

JAIME

¡No más!

REY

¡Y tu vileza!

JAIME

¿Por vileza tenéis que de un hermano la vida con mi vida así defienda?

Bien se advierte, señor, que el fratricidio es el primer florón de tu diadema!

REY

¡Miserable! (Arrojándose sobre él.)

JAIME

¡Yo no: quien en el Cinca
hundió de Fernan-Sánchez la cabeza!

(El rey se detiene; queda un momento como acobardado ante aquel recuerdo; después, con acento sombrío y reconcentrado.)

REY

¡Mejor es eso que vivir sin honra!

JAIME

¿Y quién vive sin ella?

REY

¡Tú!

(Don Jaime, que está todavía con la espalda desnuda, se arroja sobre el rey: los caballeros que rodean á éste se arrojan sobre Argelez; don Pedro los separa con ademán soberbio y se acerca á él: Jaime se detiene.)

JAIME

¡La prueba!

REY

Por traidor á tu rey más que la muerte
de merecer acabas: Toma, y lean
esos ojos, si pueden, estas líneas
y cieguen, lloren, salten de vergüenza.

(Le entrega el pergamino. Pausa. Don Jaime lo toma sin comprender nada y mirando á todos con asombro; después se aproxima al hachón que está clavado desde que principió el acto en el sepulcro de su padre. Beatriz y Manfredo se hunden, por decirlo así, en la sombra, á espaldas de dicho sepulcro, pero de manera que sean vistos por el público. El rey á la derecha de don Jaime)

JAIME

(A medida que lee.)

¡Ah!... ¡No!... ¡Jesús!...

(Suspende la lectura; se oprime la cabeza entre las manos como para coordinar sus ideas. De pronto, lanza un grito como recordando la extraña escena de la noche precedente cuando se presentó de improviso á su esposa y á su hermano.)

¡A mi llegada!...

¡Pronto! ..

¡Beatriz! (Buscando por todas partes.)

REY

Se oculta entre la sombra espesa:
no acudirá á tu voz. (Al oído)

JAIME

(Vacila: mira al rey, mira á todas partes; al fin se acerca á la tumba de su padre.)

¡Yo también quiero
silencio!... ¡y soledad!... ¡muerte... y tinieblas!
¡Acógeme en tu seno, padre mío!
¡Dame un beso de amor, uno siquiera!

¡Escultura que duermes, junta, junta
á mi afrentada faz tu faz de piedra!

(Cae sobre el sepulcro de su padre, abrazándose á la escultura yacente y uniendo su rostro al de ella. Pausa. Toda esta situación queda encomendada al actor y á su talento. Algo hay que hacer aquí: el autor no lo sabe: la inspiración del artista puede adivinarlo tan solo.)

Gracias, padre: me dió tu helado mármol
cuanto á poder ¡edir yo le pidiera:
el frío de la muerte. A tus mejillas
de las mías pasó toda la afrenta.
Mas yo te vengaré: me diste calma;
yo te daré satisfacción completa.

REY

(Acercándose y en voz baja.)

Te perdono, Argelez.

JAIME

(Lo mismo.) Ya no es posible
ni perdonarme á mí, ni á él, ni á ella.

(En voz alta.)

En vez de ese perdón, yo necesito
una gracia no más.

REY

Pide y no temas.

JAIME

Dejadme castigar á los infames.

Consentid que una vez el juez yo sea...

REY

Mi autoridad te doy: lo que dispongas
se cumplirá.

JAIME

Juradlo.

REY

Por la eterna

memoria y por el alma de mi padre.

Que Dios, si falto, me lo tome en cuenta.

JAIME

Gracias, señor. (Pausa)

(Inclinándose ante el rey como suplicando.)

Salid de este recinto.

(A los demás.)

Al monarca seguid. La doble puerta
á su cerco de bronce haced que ajuste.

REY

¿Y tú?

JAIME

Me quedo aquí.

REY

¿Solo?

JAIME

(Con acento que el actor sabrá cuál debe ser.)

¡Con ella!...

y también con *Manfredo*. Ha de cumplirse,
y con creces, señor, vuestra sentencia.

- REY ¡La tuya! ¿Por qué causa?
- JAIME Yo á la vida del monarca atenté. Mi torpe lengua á su corona osó.
(En voz baja.) (Yo fuí quien, loco, por aquella mujer la fortaleza entregó al enemigo.
(El rey le mira con sorpresa.) ¿No os parece que a mi crimen se ajusta bien mi pena?)
Jurásteis por don Jaime, vuestro padre.
¿Tú lo quieres?
- REY Lo exijo.
- JAIME Pues bien, sea.
- REY Salid.
(Al acompañamiento, que comienza á salir muy lentamente.)
- JAIME Señor, la mano.
- REY Toma, Conde.
(Se arrodilla y besa la mano al rey.)
Aún es tiempo.
- JAIME Ya no. Vedlos: *esperan*.
(Señalando á Beatriz y á Manfredo, que están en un ángulo.)
- REY ¡Que Dios, cuando te juzgue por tus faltas, tu amor y su maldad reciba en cuenta!
(Sale también por el fondo. Se ve subir lentamente por la escalera una masa de caballeros, pajes, luces y pendones. Es la vida que sube y se ve como expresan los siguientes versos. Don Jaime va al último término. Siempre procurando ocultarse Beatriz y Manfredo: la actitud de ambos queda encomendada á los actores.)
- JAIME Ya la luz, ya la vida, ya las pompas del mundo, y sus honores y grandezas; ya del arnés el fulgurante brillo; ya el soberbio ondular de las banderas, ya todo huye de mí; ya todo sube de mi viejo castillo á las almenas.
¡Adiós, fantasmas de ilusiones vanas, seres que allá volvéis á la existencia, imágenes de luz y de colores, tornad al sol, yo quedo en las tinieblas!
(Cerrando él mismo la puerta del fondo: se oye el

rechinar de los goznes y el choque metálico al encajar. Esto es preciso, porque es de buen efecto. Queda el pantalón iluminado tan sólo por la antorcha del sepulcro: en un rincón Beatriz y Manfredo: en el centro don Jaime.)

¡Cruge, puerta de bronce, negra valla
que entre dos mundos el camino cierras!
No volverás á abrirte, que tu llave
á un abismo sin fin conmigo rueda.

(Arroja la llave en el pozo. Pausa.)

¡Ya estamos en el seno de la muerte,
(A Beatriz y á Manfredo, pero sin acercarse á ellos y con acento terrible.)

caiga deshecha en polvo la materia;
almas, mostrad lo que en la vida fuísteis:
si espíritus, la luz; si tierra, tierra!

ESCENA X

BEATRIZ, DON JAIME y MANFREDO

JAIME

Para hacerme traición habéis tenido
no más que rapidísimos momentos,
para vengarme yo y atormentaros
tengo ante mí la eternidad del tiempo.
Acércate, Beatriz: ven á mis brazos,
(Le obedece Beatriz maquinalmente pero con lentitud.)
esposa de mi amor, luz de mi cielo,
la de la tersa frente alabastrina,
la del nevado y pudoroso seno.
Ven á mí: más aún.

(Al fin la coge y la sujeta fuertemente entre sus brazos.)

Quiere tu Jaime
de esa antorcha contar á los reflejos,
sobre tu suave cutis nacarado,
de tu amante feliz todos los besos.

(Le arroja la cabeza hacia atrás y le acerca á la luz; ella lucha por ocultar el rostro y por separarse de don Jaime.)

¡No te separes, no: si no es posible!
¡Si siempre ya los tres hemos de vernos

unidos por los mismos eslabones
de infamia y de dolor en el infierno.
Habla, Beatriz, ¿por qué fuiste traidora?
¡Habla pronto! ¿Por qué? ¿por qué?

BEAT.

No puedo:

un nudo en la garganta...

JAIME

¡En la garganta,
en ella con mis manos debí hacerlo
la vez primera en que de amor ya loco
ceñí mis brazos á tu blanco cuello!
¡Beatriz! ¿No me contestas? ¿Que no puedes?
Pues descansa, respira, toma aliento:
si no quiero que mueras todavía:
si quiero oír tu voz, si escuchar quiero
cómo mientes, y finges, y me acusas:
descansa... ya hablarás...

(La arroja á un lado, haciéndola pasar por delante
con extrema violencia, y llama con la mano á Man-
fredo.)

Ven tú, Manfredo.

(Manfredo, que ya estaba muy cerca, se aproxima.)

Y en tanto que la sierpe sus anillos
prepara y que destila su veneno,
cuéntame tú de la traición infame
los lances mí, dulcísimos y tiernos.
¡Todo! ¡todo! ¿Comprendes? Allá arriba
mi deshonor saber y hundir mi hierro
en aquel corazón y en tu garganta
hubieran sido rápidos momentos;
pero aquí, ¿para qué? Si estamos solos:
si escapar no podéis; si ya hemos muerto:
¡si este es el solo goce que me resta
al bajar con vosotros al averno!
¡Habla, hermano! ¿También tú desfalleces
como débil mujer ó niño enfermo?
¡Como niño! ¡No hay más! Es que recuerdas
de nuestra infancia los alegres juegos.
El que ahora duerme allí, en sus rodillas
(Señalando el sepulcro.)
á los dos nos tomaba, y algún cuento
refería de moros ó gigantes
del ancho hogar junto al rojizo fuego.
Con sus robustas manos acercaba

tu cabeza á la mía... ¡así, Manfredo!

(Hace lo que dice con feroz complacencia, juntando mucho su cabeza á la de su hermano Beatriz los contempla con terror.)

y en una sola, espléndida madeja,
tu cabello abarcaba y mi cabello
Ahora escuchar le toca en ese mármol,
quizá le ha despertado nuestro acento,
y para oír mejor, hacia la piedra
arrastrándose van sus pobres huesos.
¡Háblale de tu infamia y mi deshonor!
¡Devuélvele á tu vez *cuento por cuento!*
Pero el tuyo ha de ser largo, muy largo:
¡que no acabe jamás! Ya ves, el tiempo
es como tu traición y mi desdicha,
¡inagotable, inconcebible, eterno!

MANF. Dí pronto qué prefieres, ¿darme muerte
ó que me mate yo? Si lo primero,
toma y clava. (Presentándole un puñal.)

Si acaso es lo segundo,

dilo, y yo mismo lo hundiré en mi pecho.
Junto á la de Roger, dijo el monarca
que abierta está una fosa.

JAIME

MANF.

Basta: entiendo.

JAIME

Yo daré luz á tu camino, hermano.

(Arranca don Jaime la antorcha del sepulcro, viene al centro del escenario y la levanta en alto; Manfredo, apretando el puñal contra su pecho, con la cabeza baja, pero mirando hacia atrás como para ver á su hermano, se dirige á una de las galerías laterales.)

MANF.

¡Adiós, Caín! No tuerzas tu sendero.

¡Adiós! Si soy Caín por mi delito,
no lo soy por odiarte.

(Con cierta ternura, y ya desde dentro.)

JAIME

¡Adiós, Manfredo!

(Se oye el ruido de un cuerpo que cae.)

¡Cuánto en el mundo amé!

(Después de mirar á Beatriz, que permanece inmóvil en el centro, y también hacia el sitio en que se supone que cayó Manfredo.)

¡Luz, ya me sobras!

(Arroja la antorcha hacia la izquierda, se apaga y queda la escena completamente á oscuras: da algunos

pasos, se oprime la cabeza con las manos: arranque de desesperación, que el actor interpretará.)

¡Y tú también me sobras, pensamiento!

(Se hiere en el pecho, da unos pasos vacilante y va á caer junto al sepulcro. Beatriz se acerca.)

ESCENA XI

DON JAIME y BEATRIZ

BEAT. ¡Jaime!... ¡Jaime!... ¡Por piedad! (Buscándolo.)
(Al fin le encuentra, le abraza y le sostiene.)

JAIME ¡Me encontraste!... ¡Buena suerte!
Antes se encuentra la muerte
que no la felicidad.

BEAT. ¡Adiós!... Vete. (Rechazándola.)
¡No ha de ser!

JAIME ¡Antes, Jaime, de morir (Desesperada.)
quiero hablarte!... ¿Vas á oír?
Dime, ¿y me vas á creer?

BEAT. ¿Creerte?... ¡Bah!... ¿Por qué no?
La mentira inútil fuera;
con aguardar á que muera
te bastaba. Pero no:
(Beatriz se prepara á decir algo: Jaime la interrumpe.)
responde y no digas nada,
que no hay tiempo para todo,
y llega el fin de tal modo
que mi vida está acabada.

BEAT. ¿Si supieras?...
JAIME ¡Basta; aquí...

(Llevando la mano á la garganta.)
siento de sangre una ola!
Contesta una cosa sola...
¿Has de contestarme?

BEAT. Sí.

JAIME Manfredo murió también,
y tú pronto morirás:
al morir... ¿dónde caerás?

BEAT. A tu lado.

JAIME ¿Sí? Pues ven...

acércate... ¿No es mentira?

Responde. (Incorporándose.)

BEAT.
JAIME

¡No!

Y entre tanto,

¿dónde correrá tu llanto?

BEAT.
JAIME

¡Sobre tu cuerpo!

Pues mira...

Abraza mi cuerpo inerte...

y no ceses de... llorar...

que así... vinimos á dar...

en el seno. . de la muerte.

(Cae muerto sobre el banco de piedra, y Beatriz se abraza á él sollozando. Hasta que el telón baje por completo deben oírse sus horribles y desesperados sollozos)

FIN DEL DRAMA

